

# *La decadencia evitable*

## *Lucidez y rigor frente a los errores intelectuales*

Dentro del ciclo de conferencias que, organizado por Fundes-Club de los 90 y dirigido por Julián Marías, comenzó el pasado 9 de noviembre y del que ya dimos noticia y recensión en el número anterior, damos cuenta en este número de las conferencias pronunciadas a lo largo de los dos últimos meses. Abre la sección el historiador Carlos Seco Serrano, al que siguen Rafael Ansón, Gregorio Salvador, Olegario González de Cardedal, José Luis Pinillos y Guido Bmmner.

**L**a situación por la que  
pasa España estos días

### *Carlos Seco Serrano: Nación y nacionalismos. El caso español*

haga quizás más actual que nunca el tema de esta conferencia. No en vano es necesaria una clara exposición de la compleja y especial naturaleza de la nación española con la referencia, necesaria en todo caso, a su historia y su significado, sin la cual toda toma de posición adolecería de falsedad y por lo tanto sería inútil como base para proyectar y buscar soluciones a la conflictiva situación que tiene hoy planteada España.

Partió el profesor Serrano de que es necesario para adoptar una postura válida para el análisis de nuestra sociedad el diferenciarla de otras que desde ningún punto de vista pueden considerarse análogas, la coincidencia de algunos de los factores no implican identidad del sentido y contenido de la realidad que tratamos de entender. Así, dijo que "tomando por punto de referencia ese gran organismo histórico que hasta 1918 fue el imperio de los Absburgo, el Imperio Austro-Húngaro, un estado plurinacio-

nal en el sentido exacto de la palabra, se está hablando últimamente con excesiva ligereza y escasa propiedad, de la realidad española, utilizando esa misma expresión, estado pluri-nacional. Pero el caso español y el caso danubiano son muy diversos, conviene dejarlo claro. El estado Austro-Húngaro no llegó nunca a tener la entidad de nación".

La conciencia nacional, "estuvo presente en los pueblos de la península Ibérica incluso antes de producirse el estado unitario de los Reyes Católicos". Sólo es posible aceptar el término nación —dijo el conferenciante— en el sentido actual, nacido de la Revolución Francesa, y aplicarlo al presente siempre que tengamos en cuenta que tal concepto de nación tiene un sentido profundo, vigente ya en el tránsito del medioevo al renacimiento y lo hallamos precisamente cuajado en la unidad dentro de la diversidad que define nuestra reali-

dad histórica, incluso, insistió el conferenciante, antes del reinado de los Reyes Católicos. La Revolución Francesa y su antecedente la Americana, entienden la libertad a la que aspiran y en la que se justifican en dos dimensiones, libertad política y libertad nacional. La libertad nacional y el fomento de los nacionalismos fue un arma utilizada por Napoleón para llevar a cabo una Europa según el modelo de la Revolución, mas a pesar de que consigue la destrucción del Sacro Imperio Romano Germánico, símbolo de la vieja Europa, el fomento de los nacionalismos fue un arma que a la postre se volvió contra él.

**P**or lo demás, aun destruida la compleja estructura del Imperio Romano-Germánico, la corona de los Absburgo mantuvo dos cosas: la dignidad imperial que Napoleón les reconoció, pero referida territorialmente a Austria y sus dependencias, y al mismo tiempo la soberanía directa de lo que históricamente venía siendo el gran patrimonio histórico de la casa de Austria, el complejo europeo desplegado a lo largo del Danubio, Austria, Hungría, Bohemia, Polonia: un conjunto de lenguas, etnias, culturas, de tradiciones históricas cobijadas por la poderosa monarquía de los Absburgo, y que a lo largo de la edad moderna había constituido un bastión defensivo frente a la amenaza turca, como luego sería una garantía de equilibrio entre la gran potencia germánica, la Alemania prusiana y la gran potencia eslava, la autocracia rusa. La desaparición del



Carlos Seco Serrano.

imperio Austro-Húngaro, después de la guerra europea, ha sido uno de los grandes desastres irreparables que ha sufrido Europa.

El profesor Seco Serrano afirmó después que los tratados que pusieron fin a la Guerra Mundial apuntaron a tres objetivos: de una parte destruir la potencia de Alemania, hundida en la ruina y desarmada. De otra disolver la gran plataforma unitaria del imperio austríaco, haciendo prevalecer el derecho de autodeterminación de las pequeñas nacionalidades, y por último, con el mismo fermento

nacionalista, aislar el foco perturbador de la revolución bolchevique mediante un cordón sanitario de nuevas naciones libres.

**A**quel conjunto de malos tratados tuvo su -contrapartida, según la exposición del profesor, tras la Segunda Guerra Mundial, en el desquite de Rusia, que recuperó, salvo el caso verdaderamente excepcional de Finlandia, los territorios que en un tiempo estuvieron sometidos al imperio de los zares ampliando su dominio sobre lo que había sido el patrimonio histórico de los Absburgo. Así se entiende que el hundimiento de la superestructura vinculada al mundo comunista, haya suscitado un rebrotar de los antiguos nacionalismos, ahora multiplicados y radicalizados y convertidos por añadidura en foco de perturbación de cara a los países en que, como España, unidad y diversidad son su realidad histórica insoslayable.

Insistió mucho el profesor en la necesidad de diferenciar el caso español de los llamados estados plurinacionales ya que en nuestro caso, como pasó a desarrollar a continuación, la nación fue anterior incluso a la constitución de un Estado: fue proyecto común en la larga lucha secular de la reconquista de la "España perdida", como tantas veces ya ha repetido Julián Marías.

Conviene, subrayó el académico, hacer un poco de historia aunque sea muy sintética para poner las cosas en su punto, porque "más que la geografía, más incluso que las raíces étnicas de

nuestros ancestros, lo que define la realidad esencial de un país, de un pueblo, es la historia en su desarrollo, en el caso de España, la ha hecho una y múltiple".

Refiriéndose a nuestra Historia señaló Carlos Seco cómo el complejo mosaico de culturas más o menos influidas desde la periferia por las culturas del oriente mediterráneo, se insertaron en el complejo imperial de Roma. Cuando esta llevó a cabo su definitiva organización administrativa en tiempo de Diocleciano, la entidad de Hispania se consagró como diócesis diferenciada, dentro de lo que fue la prefectura de las Galias, pero con una personalidad propia.

En este sentido la reconquista supuso un factor de unidad, en cuanto impulso unánime y solidario por parte de los distintos núcleos en que aquella se concretó, pero su contrapartida fue la diversidad política en que esos diversos núcleos cristalizaron: reinos y condados independientes. Diversidad que habría de afirmarse en el desarrollo diferenciado de lenguas y creaciones culturales. Reflexionando sobre esa irremediable ruptura en entidades diversas consecuencia de la pugna secular contra el enemigo común, D. Claudio Sánchez Albornoz entendía la reconquista como una fatal consecuencia histórica.

En efecto, el reino hispano-godo cuya vida se prolonga hasta comienzo del Siglo Octavo será punto de referencia permanente a todo lo largo del turbulento período iniciado con la conquista musulmana como un bien perdido, con una meta a recuperar como puso de manifiesto también el estudio de J.A. Maravall El concepto de España en la Edad Media, y en especial el capítulo VI La

Tradición de la herencia goda. El apogeo político y cultural de la España Árabe, Emirato y Califato, si bien en proceso de constante repliegue, la lentitud con que la reconquista se lleva a cabo, dejó su impronta que podemos descubrir no sólo en el arte sino en las instituciones y estructuras básicas de la sociedad que difieren de las del resto de Europa feudal como puso de manifiesto el profesor D. Claudio Sánchez Albornoz. La aparición de los primeros núcleos de resistencia a la absorción musulmana supone una voluntad europeísta que es desde entonces la cristiandad, como ha subrayado con acierto Julián Marías en su precioso libro La España Inteligible, cuya tesis central resumía él mismo en un artículo posterior de esta forma: "España fue un país cristiano invadido el año 711 por los musulmanes que ocuparon la mayoría del territorio. Esta pérdida de España fue vista como un contratiempo pasajero, los cristianos se identificaron como tales, no aceptaron el destino de los pueblos del sur del mediterráneo igualmente cristianizados, romanizados o helenizados, que hasta hoy han

seguido siendo orientales, de lengua árabe y religión islámica; la reconquista fue el proyecto histórico permanente de la España cristiana, europea, occidental, la recuperación de la España perdida con ánimo de restaurar la monarquía Visigoda..."

En este sentido la reconquista supuso un factor de unidad, en cuanto impulso unánime y solidario por parte de los distintos núcleos en que aquella se concretó, pero su contrapartida fue la diversidad política en que esos diversos núcleos cristalizaron: reinos y condados independientes. Diversidad que habría de afirmarse en el desarrollo diferenciado de lenguas y creaciones culturales. Reflexionando sobre esa irremediable ruptura en entidades diversas consecuencia de la pugna secular contra el enemigo común, D. Claudio Sánchez Albornoz entendía la reconquista como una fatal consecuencia histórica.

No comparte esta visión o interpretación histórica el académico si vemos un enriquecimiento de matices, de versiones de los español, en ese largo proceso. Los primitivos reinos y condados que se enfrentan con Córdoba, no pierden por ello su conciencia española, la nostalgia de la vieja tradición unitaria en la que se integraban y con la que siguen sintiéndose solidarios. Es muy significativo el caso del Conde Borrell II, que se desprende de los lazos feudales que le unían con la monarquía franca y sigue la misma suerte y el mismo esfuerzo que el resto de los reinos peninsulares, en un momento difícilísimo (en que la

corona franca podía ofrecerle protección frente a Almanzor).

A medida que los reinos de la reconquista van consolidándose como unidades políticas y militares crece en ellos el empeño restaurador. La conciencia de ser parte de un todo que hay que reconstruir y que está tan presente en Alfonso III de Asturias, en Sancho III de Navarra, en Alfonso VI de Castilla como en Jaime I de Aragón es evidente. Cuando el avance de la reconquista en el s. XIV queda plasmado en cuatro grandes bloques, con Portugal, León-Castilla, Navarra y Aragón-Cataluña, esas entidades políticas se entienden a sí mismas como facetas de España. En el siglo XIV, ha dicho Luis Suárez en su reciente discurso de ingreso en la Academia de la Historia, "todos los reyes peninsulares parecían de acuerdo en admitir que su poder formaba parte de una monarquía hispana, continuación de la pérdida en el 711 y que les correspondía regirla en forma solidaria". En la corona de Aragón, donde el término español aplicado individual o colectivamente aparece más temprano y con más amplitud de uso, se recurría a él porque denotaba lo que era de todos. Los monarcas castellanos en cambio, tenían interés en invocar la legítima descendencia que les unía con Chindasvinto, entendiendo que ellos eran los auténticos representantes y continuadores de la España antigua nacida del imperio romano por vía de los visigodos. Sin embargo, en Brujas los comerciantes burgaleses y viz-

caínos fueron reconocidos como nación española, lo que daría oportunidad a Pedro IV de Aragón a solicitar participación en la ruta de Flandes para sus subditos como miembros de esa nación española. Más aún, como una sola entidad española era contemplada desde el exterior la diversidad de los reinos peninsulares; y así, en el Concilio de Constanza, reunido para resolver el cisma, los cuatro reinos peninsulares aparecieron en él como formando una unidad: nación española, y compartiendo el mismo voto. Dentro de la cristiandad España era contemplada ya como unidad de naturaleza, una de las cinco naciones de que aquella estaba compuesta. Con todo, cuando la unidad política sea un hecho, en la época de los Reyes Católicos, llegará demasiado tarde como para pretender que esa unidad tenga el carácter de fusión uniformadora según el asimilismo castellano.

Citó el profesor dos textos: uno de Nebrija y otro de Fernando del Pulgar, que ponían de manines-

to la diversidad dentro de una indiscutible unidad constituyentes del carácter de la nación española en tiempos de los Reyes Católicos. Así, pues, habría que definir con exactitud el estado nacional de los Reyes Católicos no como un estado plurinacional sino como una nación de naciones: la peculiaridad de la bien definida nación española es esa: ser simultáneamente diversidad y unidad. Cree D. Carlos Seco que se traiciona a la historia de la misma manera cuando no se entiende eso que define a España como diversidad y cuando no se entiende que la diversidad está enmarcada en la unidad. El Caso de Portugal resultaría más complejo, porque pese al insistente empeño de llegar a la unión peninsular, después del trance de Aljubarrota, la unión Ibérica se alcanzó, pero con un retraso decisivo en el tiempo de Felipe II cuando los acontecimientos históricos habían constituido a las dos coronas en cauces de proyectos imperiales bien definidos dividiendo al mundo en dos zonas de interés, portuguesa y castellana, consagrando así la dualidad de las dos monarquías. La incorporación de la corona lusitana por Felipe II no llegó a ser ya un hecho irreversible y, en todo caso, la unidad lograda sobre la diversidad, no podía serlo contra la diversidad. El estatus de los Reyes Católicos fue una fórmula eficaz en tanto abrió caminos ilusionado-res para los subditos de las dos coronas, el proyecto sugestivo de vida en común de que hablaba Ortega. Fue precisamente en el momento en que ese proyecto comenzó a hacerse menos

ilusionante, cuando surgieron por parte de Castilla los primeros intentos asimilistas, que si bien tenían un sentido muy concreto para ésta, por ser el único reino pechero, el único que realmente tributaba a la corona y el único administrador del esfuerzo militar requerido por el desafío exterior, venían a plantear el tema y la defensa a ultranza de la entidad diferenciada de los reinos de Aragón, de una parte y de la corona de Portugal de otra.

**A** sí surgió —señaló el conferenciante— la terrible crisis de 1640, la más grave encrucijada histórica atravesada por España desde los días de la invasión musulmana. Al cabo de una prolongada tensión en guerra abierta, quedaría desgajado Portugal de la Monarquía Católica, pero no Cataluña, que se había visto a merced de una amenaza mucho más seria para sus libertades que la que ofrecían los castellanos: la de la prepotente monarquía francesa de signo centralista y absorbente. Cuando la guerra con Cataluña se termina y la situación queda pacificada se hace simplemente volviendo a la situación anterior. El problema entidad diferenciada o entidad asimilada que en 1653 se resolvió según la primera alternativa, replanteada de nuevo a principios del siglo XVIII, se resolvería esta vez a favor de las tesis centralizadoras importadas de Francia por Felipe V, resurgiendo en el siglo XIX y el XX bajo nuevas formas. Ahora bien, sobre los brotes centrífugos ha prevalecido siempre la realidad insoslayable

de una conciencia histórica solidaria.

El momento más significativo lo ofreció a principios del s. XIX la guerra de la Independencia, planteada como en tiempos de la lejana Reconquista desde instancias políticas dispersas y cristalizadas en forma de Juntas Autónomas.

Se ha dicho de una manera bastante poco real que la forma como brota la resistencia contra los franceses y como toma cuerpo la Guerra de la Independencia es una demostración palmaria de falta de solidaridad entre los españoles, con tendencia al centrifugismo, al particularismo, etc. La realidad, señaló el profesor Seco Serrano, es todo lo contrario. Esos focos de resistencia contra el invasor fueron focos dispersos porque el estado se ha venido abajo y la resistencia surgió de una forma inarticulada porque no puede estar articulada. Lo interesante es que en cuanto se presentó la primera oportunidad, después de la batalla de Bailen, el primer repliegue de los franceses, de las mismas Juntas surgió el impulso

para convertirse en una Junta integrada que es la Junta Central, que no la impone nadie, sino que la reclaman las propias Juntas Autónomas.

sa realidad se vería reforzada en cuanto quedase respaldada por un ideal político: el credo liberal entendido como propuesta de una convivencia superior y más justa que la de la antigua sociedad estatamental, con un sentido uniformador y centralizador. Contra él se alzarían, en nombre de viejas libertades vinculadas a la sociedad estatamental del antiguo régimen, resistencias agrupadas coyunturalmente tras el problema dinástico, el Carlismo apoyado en la creencia del foralismo medieval. El País Vasco-Navarro, que en 1700 se había alineado junto a Felipe V, se enfrentaría ahora a Isabel II, en una guerra que hallaba ecos y acogidas asimismo en los medios rurales catalanes. De aquí que si el final de la Guerra de Sucesión había supuesto la imposición de la Nueva Planta para los países de la Corona de Aragón, el final de la Guerra Carlista implicase la liquidación de los fueros vascos, si bien en Navarra una prolongada negociación con el gobierno central, ejemplo no seguido por Bilbao, lograría salvar las instituciones básicas de su entidad histórica: la Diputación Foral.

Aunque a todo lo largo del reinado de Isabel II, parece consolidarse la tesis unitarista, el brote diferencial retornaría de dos maneras: en el movimiento juntero y en el movimiento de renacimiento cultural y lingüís-

tico, tanto en Cataluña como en Galicia.

Lo que en tiempo de Isabel II recibió el nombre de provincialismo se plasmaría en reivindicaciones regionalistas tras un nuevo recurso armado durante la Tercera Guerra Carlista, ya superada la experiencia caótica y desacertada del cantonalismo que fue réplica exacerbada a la abstracción federalista de Pí Margall. En 1892, las Bases de Manresa, el primer proyecto de estatuto autonómico catalán y más tarde en el País Vasco según los planteamientos utópicos de Sabino Arana, con ecos menos estridentes en Galicia el problema del nacionalismo-autonomismo está ya presente antes de que se produzca la gran crisis de ultramar, ocasión decisiva para un replanteamiento a fondo de la realidad española. En la reflexión intelectual de la Generación del 98, y en los programas regeneracionistas que jalonan el reinado personal de Alfonso XIII y los primeros años de la II República, las dos cualidades unidad y diversidad se expresan en un sentido armónico en los más sugestivos textos de la Lliga Nacionalista de comienzos de nuestro siglo. Desde la proclama: "Catalunya lliure dins d'una Espanya gran", de Prat de la Riva, a la nítida definición de Cambó: "...Lo que nosotros queremos en definitiva es que todo español se acostumbre a dejar de considerar lo catalán como hostil, que lo considere como auténticamente español, que ya de una vez para siempre se sepa y se acepte que la manera que

tenemos nosotros de ser españoles es conservándonos catalanes, que no nos desespañolizamos ni un ápice manteniéndonos muy catalanes, que la garantía de ser nosotros muy españoles consiste en ser muy catalanes y por lo tanto debe acostumbrarse la gente a considerar ese fenómeno del catalanismo no como un fenómeno antiespañol, sino como un fenómeno españolísimo" (texto que al profesor Seco Serrano siempre, según confesó, le ha conmovido y que le gustaría que se aprendieran de memoria los españoles).

Brotan otros textos —dijo— como un desafío verdaderamente secesionista en determinadas formulaciones de Sabino Arana, inspiradas por una intolerable beta racista y de la Esquerra Catalana cristalizados en partidos como Estat Cántala que era ya de por sí una bandera secesionista.

Sólo hasta cierto punto se atendió a esta doble realidad durante la II República, que si bien dio luz verde al estatuto catalán, sólo lo hizo con el vasco en plena guerra civil, marginando además al gallego y suscitando

la resistencia feroz por parte de los militaristas a ultranza, tan feroz que se convertiría en una de las causas del desastre de 1936.

Una ordenación institucional como la del actual estado de las autonomías está, de acuerdo con la exposición de nuestro ilustre académico, mucho más próxima que la de la Segunda República a la realidad profunda de España, inexorablemente real aunque trate de negarse o de ignorarse. Quedan indudablemente los reductos de un maximalismo intransigente, tanto en los posos de reacción inmovilista como en los recursos a la violencia terrorista al otro extremo; o en la desazonadora inquietud jamás satisfecha de un catalanismo que se siente incómodo incluso con la solución autonomista ya lograda porque esa solución sitúa bajo un mismo listón de libertad a Cataluña y a los otros pueblos sin tradición regionalista ni foralista que de pronto se han visto promocionados a una autonomía nunca por ellos reivindicada.

La eterna insatisfacción catalana, el agravio permanente, el vistingismo cuidadoso y morbosamente cultivado pese al reconocimiento efectivo del hecho diferencial o, en el caso vasco, las apelaciones siempre vivas a la autodeterminación suponen a juicio del historiador un rebasamiento de la concordia basada en la realidad porque implican un asalto a la otra faceta de esta: la de una unidad de profundísima raíz histórica vigente tanto en Catilla como en Aragón, en

Andalucía, en Galicia —bastión europeísta desde Santiago para la España recuperada en la reconquista— e incluso en Euskadi, la abuela de España, según el acertado análisis de Sánchez Albornoz. La monarquía de los Austrias se edificó sobre un esquema confederal e insolidario. La actual Constitución española se basa en una apelación a la solidaridad fundada en la diversidad reconocida y, piensa el profesor, es ese el único camino racional para que España sepa ser lo que Rafael Ansón introdujo en su conferencia unas perspectivas bastante optimistas en relación

es, para que los españoles acierten a digerir su propia historia, para que nuestra patria, la patria de todos recupere su esencia histórica afirmándose desde ella en nuevos caminos ilusionadores hacia el futuro. Apeló finalmente el profesor Seco Serrano a errores cometidos por otros pueblos, verdaderos retrocesos, experimentos con apariencia de avance histórico que resultan según se ha podido comprobar desastrosos y destructores.

A.A.

## *Rafael Ansón: La formación de la opinión*

Rafael Ansón introdujo en su conferencia unas perspectivas bastante optimistas en relación a la temática general. Volviendo sobre una cuestión ya tratada por Sainz de Robles y basándose en las ideas del profesor Julián Marías, decidió optar por la libertad sobre la seguridad como el verdadero camino para formar la opinión. Comenzó por advertirnos el Secretario General de FUNDES que un tema como el de la decadencia no iba mucho con su estilo, pero reconoció que el tema era esencial a nuestra época, por la crisis que nos invade en todos los aspectos de la vida.

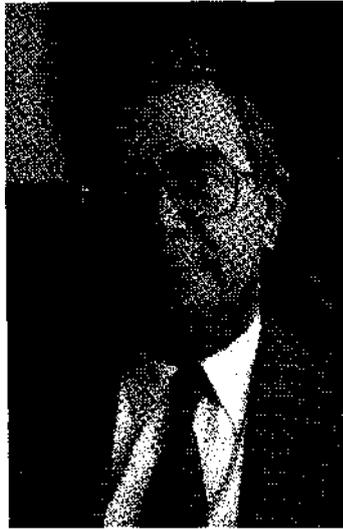
A lo largo de la conferencia, Rafael Ansón se mantuvo dentro de su ámbito, el de la comunicación. A través de ella quería hacernos ver lo unidos que

podemos estar, y, por ello, la repercusión que puede tener la lucha. Gracias a la eficacia de los medios de comunicación se puede conseguir que los esfuerzos de un sólo individuo, o de un grupo reducido se trasladen, al ámbito de lo universal, dijo. Y añadió: es por tanto, uno de los instrumentos más adecuados a nuestro alcance para permanecer alejados de cualquier posible decadencia. El conferenciante consideró cuestión de suma importancia aclarar el sentido, lo que se quiere decir con "decadencia". Para ello acudió a una idea clave de Mao-Tse-Tung: "para avanzar hay que dar dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás". Decadencia no es otra cosa que ese "paso hacia atrás", un momento esencial, necesario dentro de cualquier forma de progreso, señaló. Quedaba así evidente, ya desde el principio, la manera tan positiva que tenía de ver el asunto. Otra cuestión básica se encontraba en tratar de entender "para quién" existe la decadencia. Porque cuando se habla de decadencia hay que tener en cuenta que no se da de una forma absoluta. Lo que para unos puede parecer decadente, no lo es para otros. Porque entonces estamos ante una decadencia que no es esencial y constante en la historia, sino "temporal".

Así, rápidamente señaló que jamás podría hablarse de "una decadencia de la humanidad como Universo global, una decadencia como especie". ¿Para quién, pues, resulta una determinada situación decadente?

para los que se ven ante una situación de "pérdida de poder" o de "pérdida de prestigio". Consideran que nos encontramos ante una situación decadente, por ejemplo, los padres que han perdido la comunicación con sus hijos porque creen que han dejado a un lado los valores tradicionales que para ellos son los mejores. Pero, podemos ver de un modo evidente que la juventud de ahora ha progresado mucho respecto a otros tiempos; "es más libre, es más sincera, es más consciente" —advirtió Rafael Ansón—. Para los grupos dirigentes que entienden que las cosas no están saliendo en nuestra sociedad como a ellos les gustaría también nos encontramos en una decadencia. Históricamente se ha podido comprobar este fenómeno: cuando estos grupos han dejado de llevar las riendas se han desencadenado etapas de decadencia. Pero nunca se ha tratado de una decadencia de la humanidad en su conjunto. Antes bien, hay que hablar de que históricamente se ha producido un progreso en todos los ámbitos, en el arte, en el pensamiento, la ciencia, etc.

**M**anifestó su coincidencia con Julián Marías en el optimismo. Este sabemos que es esencial a ambos. Por eso, ante cualquier situación de decadencia de la cual seamos conscientes, los dos mantienen la necesidad de evitarla y salir de ella. La mejor forma de hacerlo es "superándola". "No se trata simplemente de volver atrás, se trata de superar por arriba",



Rafael Ansón.

dijo. Así es como él encuentra que el concepto de "superación" se convierte en algo esencial sin lo que no podríamos entender el "progreso". Se trata de avanzar hacia lo nuevo, jamás se retrocede. Aquí empezábamos a comprender que nos estaba hablando de un verdadero proceso dialéctico, al unir lo que nos decía ahora con lo que antes había referido sobre la idea esencial de la decadencia como "un paso hacia atrás". Se trata del momento negador, clave para que se produzca el devenir.

Más tarde, indicó que un modo de evitar la decadencia se consigue a través de la lectura del pensamiento de los sabios. Porque son los filósofos, los poetas, etc., grandes hombres y mujeres que nos han anticipado y nos han advertido a lo largo de la historia de la posible entrada en una situación decadente, de crisis o de depresión. Pero la "soberbia" o la "prepotencia" de muchos o de unos cuantos nos ha conducido muchas veces a decadencias que se podían haber evitado ante el reconocimiento de que el camino, que otros más inteligentes nos indican, es más adecuado y el correspondiente cambio de rumbo. De todas formas, en nuestra época no tenemos excusa posible, porque los avances científicos y tecnológicos —en esto nos insistió varias veces en su conferencia— nos permiten "evitar el llegar a entrar en el túnel" de la decadencia y colocar al ser humano "en el lugar que le corresponde".

El conferenciante señaló que el "liderazgo político" de algunos países dentro del contexto del mundo actual, como es el caso de Estados Unidos, no nos deja hablar de posibles decadencias en este sentido, sino más bien de todo lo contrario: "hay que hablar de progreso", dijo. En cambio, sí que nos sentimos ante una profunda decadencia que es más bien de orden moral y social. Nuestro mundo se encuentra metido en un tremendo conflicto de valores. Este problema ético sí que muestra una difícil solución. Aquí nuestro conferenciante parecía

manifestarse más pesimista y preocupado. En un momento más avanzado de su disertación trató de aclarar esto. Acudiendo a una idea de Juan XXIII, se refirió a que el problema no se encontraba en los instrumentos, en los avances científicos y tecnológicos, sino en el empleo adecuado o inadecuado de estos. Porque si los utilizamos con buenos fines, estaremos trabajando por evitar la "destrucción de la humanidad". Ahora bien, añadió: siempre hay hombres que contribuyen, en este terreno, a que se evite entrar en el "túnel" —al que se refería constantemente Rafael Ansón para sustituir el término decadencia—. La contribución más importante la podemos encontrar en el terreno de la educación y en el de la formación. Un "sistema educativo adecuado" puede salvar de una situación de crisis moral y social a un determinado país.

**C**omo especialista que es en el terreno de influir en la opinión de los demás, afirmó que la educación y la formación de la opinión son dos cosas paralelas en estos momentos en que vivimos. No ocurre, como antes, que haya que esperar siglos a que la educación de unos influya en las opiniones de otros, creando un clima social determinado. Si sucediera esto, tendríamos que concluir, de modo pesimista, en la imposibilidad para evitar posibles decadencias. La inmediatez de los medios de comunicación actuales contribuye a fomentar este paralelismo. Los medios de comunicación logran influir, tanto en las opiniones

de minorías y grupos sociales, como en las de los dirigentes. Gracias a estos se puede lograr un "equilibrio social" en donde no tienen por qué dominar unos sobre otros. Por tanto, el progreso queda garantizado gracias a la comunicación. Gracias a su modo de influir sobre la opinión de los demás, está capacitada para evitar cualquier crisis.

Aun así, nos quiere advertir el conferenciante del gran peligro que puede suponer la "formación de la opinión" si no se potencia el sistema educativo de un país. El porqué es fácil advertirlo: se trata de la base fundamental que permite "transmitir" o "acceder" a una cultura. Es, por tanto, más importante fomentar esto que la cultura misma. Insiste Rafael Ansón en que aquí sí que nos encontramos ante una necesidad de primer orden, sobre todo en nuestra época. Para ello, los medios de comunicación de que disponemos en la actualidad son el instrumento más adecuado.

**A**hora bien, a la hora de "formar la opinión" hay que contar necesariamente con el "conocimiento previo de la realidad sobre la que se está actuando" y más importante aún es contar con el respeto a la libertad del otro. Aquí se encuentra "el gran reto del ser humano". Si entramos en este doble camino a través de los medios de comunicación, que son los que nos pueden ofrecer espléndidos resultados, estaremos utilizándolos adecuadamente. Los medios de comunicación constituyen un gran instrumento para este fin por el gran avance que han experimentado en el mundo en que vivimos. Este avance se patentiza en dos de sus características más importantes: la inmediatez y la universalidad, la planetización. Gracias a esto se puede conseguir una efectividad asombrosa. Los mensajes importantes pueden influir instantáneamente en la gran mayoría de seres humanos.

Es evidente que son capaces de modificar radicalmente nuestros modos de vida. Por eso, si se utilizan bien, con buenos fines y teniendo en cuenta las dos condiciones anteriormente señaladas, está claro que la formación de la opinión nos conducirá a crear un mundo más humano, más unido a través del diálogo. Esto da fin a cualquier dictadura y fomenta la democracia (entre hijos y padres, entre alumnos y profesores, etc.). Los progresos que podemos ver en este sentido ahora, respecto a otras épocas pasadas, son enormes: el número de mujeres que han pasado a con-

vertirse en protagonistas de la historia es mucho mayor que antes; se está dejando que sean cada vez más jóvenes los que dirijan el mundo, etc. En nuestro país pasamos de la dictadura a la democracia sin necesidad de guerras, gracias a la previa formación de la opinión, a la inmediatez y a la universalidad de los medios de comunicación.

**E**s en la democracia donde Rafael Ansón encontró un nuevo punto de apoyo para fundar su optimismo. Su gran confianza en ella le hace ver que tiene una gran capacidad para contribuir a que los instrumentos de comunicación sean utilizados con buenos fines. Por ejemplo, destacó el hecho de que gracias a la televisión se hayan superado muchos problemas de racismo. Además, se supone que una democracia está capacitada para fomentar una "comunicación recíproca" y evitar así cualquier abuso de poder. Es un "mecanismo de freno" en el ámbito político que, junto a la economía de mercado en el terreno económico, piensa que constituyen las principales barreras para evitar que lleguemos a entrar en el "túnel". Ambos factores han contribuido al progreso del ser humano en política y en economía: de ser un "sujeto pasivo" se ha convertido en "protagonista". El tema que se repetía a lo largo de todo el discurso había sido el de la libertad. Por eso, decidió finalizar haciendo un "elogio" de ella. La formación de la opinión debe fundarse en ella porque constituye un "valor esen-

cial" para el ser humano. La libertad tiene una fuerza especial que nos permite poder participar en la creación divina. Rafael Ansón manifestó su adhesión al concepto de libertad como proyecto no sólo individual, sino también colectivo. Es más, uno no puede darse sin el otro. No podemos entender una libertad a medias. No se puede renunciar a un ámbito de

la libertad para obtener más en otro. La libertad no se da nunca de un modo "parcial". O se da del todo, o no se da. Esta reconoció ser una idea de Julián Marías: la "libertad es un sistema global de libertades". Los ámbitos de libertad están en relación de dependencia unos de otros, concluyó.

M.L.D.

## *Gregorio Salvador: La literatura, pasado y presente*

**P**ara Gregorio Salvador ha sido grande el esplendor pasado, innumerables las figuras de relieve, pero evidentemente existen y hay escritores en lengua española que van a dar mucho que

hablar o que, incluso, ya lo están dando. Según el conferenciante lo que ocurre es que se publica muchísimo, más que nunca, y que gran parte de lo que se publica es malo sin paliativos; pero acaso no en una proporción mayor de lo que siempre ha sido usual. "Uno de cada cien autores, una de cada cien obras publicadas sobrevive a su tiempo en la memoria de los hombres". Lo que no es un porcentaje retórico, según dijo, sino el resultado de la investigación realizada hace treinta años por los sociólogos de la literatura de la llamada escuela de Burdeos sobre la base de la historia literaria francesa de los siglos XVII, XVIII y XIX. Se detuvo en estas estadísticas para destacar el pavoroso problema que nos plan-

tea la literatura actual; porque la producción literaria se ha multiplicado a su vez y el 1% es en cualquier caso inabarcable. Podemos considerar con Gregorio Salvador que es un síntoma de decadencia que el lector de hoy se encuentre con estos 1% establecidos para el pasado por la decantación histórica y con oleadas de letra impresa de ahora que le proporcionan un ancho mar para el naufragio. Obviamente de los libros que pertenecen a ese 99% de las estadísticas señaladas no quedará memoria. Pero de momento están ahí, espesos, formando un bosque editorial que nos impide ver los árboles.

**E**l gran problema con el que nos hallamos —dijo—, si lo que queremos es comparar pasado y presente de la literatura con ánimo de advertir señales de decadencia y conjeturar su inmediato futuro, es que mientras el pasado nos ha llegado cribado y limpio de polvo y paja, sin toda la hojarasca de libros deleznable que en su día lo envolvió, en cambio, el presente se nos ofrece íntegro, confuso y revuelto y se hace arduo, en ocasiones, hallar finalmente la perla auténtica o la joya valiosa entre el enredijo de tanta bisutería. El asunto hay que resolverlo de algún modo —añadió el conferenciante— si queremos establecer juicios medianamente razonables y conviene aclarar, sin embargo, que dejando estadísticas a un lado, todos o casi todos esos escritores que consideramos clásicos fueron ya señalados como tales en su época. "Los grandes escritores han



Gregorio Salvador.

podido vivir azorosamente, han podido ser encarcelados, perseguidos, pasar hambre, ser humillados, despreciados; pero siempre, en cualquier caso, ha habido contemporáneos suyos que han proclamado su grandeza, que han tenido plena conciencia de su exacto valer, del alto lugar que les correspondría en la historia futura". En opinión del conferenciante, la función de la crítica es esencial. "Necesitamos quien nos oriente sobre lo que es impres-

cindible leer, sobre lo que puede ser relativamente aceptable y más que nada sobre todo aquello que no merece ni un segundo de nuestro tiempo ni tampoco una pizca de nuestra atención. Creo que lo que verdaderamente escasea es la crítica fiable y lo que yo, desde luego, más echo de menos es un conjunto bien nutrido de críticos solventes y a la vez tajantes; que no se pierdan en divagaciones, que no templen gaitas y rechazen sin miramientos lo que tengan que rechazar". Según expuso, se elogia a boleo, se premia el galimatías, se desdén la claridad, se crean falsos prestigios, se engaña y se confunde.

Confesó haber propuesto, sin ningún éxito, una sección crítica dedicada a los libros ilegibles, impracticables; bien argumentada desde lo enojosamente leído y lo pacientemente ojeado y útil al menos como aviso de navegantes que se adentren por ese mar editorial que nos rodea. "Prevalece la opinión elogiosa con más o menos reservas sobre lo mediano y lo francamente malo de algunos y un prudente silencio sobre lo igualmente malo de otros y, lo que es más grave, un silencio premeditado y mortal sobre bastantes obras excelentes. Quizás en ese desdén por lo excelente, en la consciente igualación que abunda de lo bueno con lo mediano se halle la más peligrosa vía hacia el decaimiento. La igualación menoscaba y deslustra lo que tiene brillo y valor. Si todo se empareja, nada se alza y en la literatura cuando la tamiza el tiempo lo que nos queda son las cumbres".

En opinión de Gregorio Salvador, si lo mal escrito no sólo se publica sino que además se le concede beligerancia crítica y a veces hasta premios, la decadencia no es que se avecine es que además se nos presenta con salvoconducto.

La literatura ha visto muy mermaidas desde hace medio siglo, parte de las funciones que había desempeñado durante milenios. En primer lugar, la de darle permanencia al decir humano; concediéndonos la posibilidad de escuchar con los ojos, como diría Quevedo, las voces señeras del pasado y las voces destacadas del presente; otorgándonos la facultad de actualizar en cualquier momento esos decires, de recrearlos desde nuestra personal perspectiva, de razonar con ellos y desde ellos; ayudándonos cuando es preciso a huir de la soledad, sin enajenar nuestro albedrío a los inevitables riesgos de la compañía.

**E**n segundo lugar, la de hacernos entrar en otras vidas, seguir otros acontecimientos, trasladarnos a otros tiempos y a otros lugares; multiplicar de ese modo nuestra experiencia vital. Resaltó el hecho de que la cultura del libro ha sido sustituida por la cultura audiovisual. Esta última goza de todas las ventajas, en cuanto que al espectador no se le exige el mismo esfuerzo que al lector; su actitud es mucho más pasiva por principio. Lo cual podría hacernos suponer que la literatura no es que haya entrado universalmente en decadencia sino que es que tiene los días contados. La actividad del lector es preci-

samente eso, una actividad, la lectura precisa, cooperación por por parte del lector, meditación, reflexión, imaginación. Como indicó el conferenciante, la aventura de leer es siempre más aventura que la de contemplar; porque es una aventura íntima y personal que se la va haciendo el lector desde las palabras del texto a su propia medida. Por eso, sigue habiendo muchísimos lectores, más que nunca; debido a que el índice de analfabetismo ha disminuido considerablemente. Naturalmente se refería al analfabetismo estricto, es decir, el de no conocer las letras y ser incapaz de leer; porque el analfabetismo funcional es proporcionalmente mucho mayor de lo que pudo ser en el pasado.

Criticó que un porcentaje alto de profesores de Literatura ni son lectores ni les interesa mayormente lo que enseñan. Se refirió al profesor Carpintero quien, en su exposición, al hablar de la decadencia universitaria mencionó el hecho de que el 40% del alumnado no estaba estudiando

la carrera que hubiese preferido sino la que su nota media de selectividad le permitía. Según indicó el académico, en las facultades de Filología e Historia, que son las menos exigentes en la admisión, ese porcentaje se dobla y además, como es sabido, el que alguien explique Literatura en el Bachillerato no depende de que sea profesor de esa materia, puede serlo de otra distinta que necesite para completar su horario. Todo esto sí que puede tener que ver a la larga con la decadencia de la Literatura y corrigiéndolo podríamos evitar que se llegara a ello.

**T**ambién se refirió a la intervención de don Rafael Ansón, quien aseguró que cualquier posible decadencia se evita con un sistema educativo adecuado y, desde luego, si se multiplican los lectores exigentes, bien formados e informados no hay lugar para la caída ni razón para el deterioro. Si se fomenta la afición a la lectura, si se hace comprender que los medios audiovisuales la complementan pero no la sustituyen, si se pone cada cosa en su lugar y eso ha de formar parte de la educación, la literatura cumplirá la función que le corresponde y tendrá que estar a la altura de las circunstancias.

Comentó a continuación con optimismo, el surgimiento de nuevas figuras con la fuerza suficiente como para que se produzca el relevo sin un descenso brusco e irremediable aunque no de manera idéntica en todos los géneros.

Mostró su punto de vista de cada uno de los géneros literarios; comenzando por la poesía. Su

juicio fue claramente negativo. Según dijo, los poetas tienen sus temas contados porque lo que expresan son emociones y los sentimientos esenciales del ser humano no pasan de una docena. Por consiguiente, su mérito consiste en decirnos lo consabido como si no lo hubiéramos oído nunca, con las palabras justas para darle la forma precisa, la máxima intensidad y la dimensión exacta al dolorido sentir o a la alegre exaltación que con ellos compartimos. Sus palabras fueron contundentes en este sentido: "desde hace 40 años por lo menos, yo sólo he hallado algún verso suelto, rara vez un poema entero, nunca un poeta completo que halla sentido necesidad de agregar a mi amplio, vivo y permanente flori-lejio lírico".

En cuanto a la literatura dramática y su evidente decadencia, quizá la más visible de todas, recordó un artículo publicado el 23 de enero en ABC por Francisco Nieva, titulado "Un teatro sin escritores", que ya resulta bastante explícito de su mero enunciado. En él, el dramaturgo afirmaba que la gente con sensibilidad literaria empieza a desdeñar el teatro; porque cuando se decide a asistir a una función sale frustrada al encontrar que la parte espectacular es excesiva. En el teatro, el escritor ha pasado a un segundo plano, relegado por directores, actores, tramoyistas y hasta luminotécnicos. Don Gregorio Salvador compartió el mismo punto de vista. Es más, según dijo: "el teatro, cuya competencia con el cine primero y luego con la televisión resulta

mucho más frontal que la de los otros géneros literarios, ha escogido el peor camino para rivalizar con ellos, al intentar aproximarseles en espectacularidad en vez de intensificar lo que le es genuino; que es precisamente su carácter fundamentalmente literario, su consistencia textual".

El ensayo, por su propia naturaleza, no parece hallarse en conflicto con los medios audiovisuales y puede construirse y propagarse desde la actividad diaria de la prensa; lo que le otorga unas ventajas de las que carecen los otros géneros. Existe además una tradición gloriosa en nuestras letras desde el Padre Feijoo hasta el director de este curso, pasando por Larra, Unamuno, Ortega, entre tantos más. El peligro está en que empieza a cundir una literatura ensayística más cargada de ideológicas que alimentada de ideas donde el tópico sustituye a la reflexión y la prosa apelmazada y pseudo-técnica a la brillantez estilística de nuestros mayores. Hay ex-

cepciones notables y hay que saber discernir porque ese género, el más obligadamente ligado a su circunstancia temporal y espacial, no admite como los otros la espera de un juicio futuro sino que ha de recibirse su lección de inmediato para que cumpla con la debida eficacia su función que no es simplemente estética naturalmente. Precisamente por eso, sobre ningún otro género suele caer la intencionada cortina de silencio que sobre éste, en muchas ocasiones, cae. "Hay que permanecer alertas y no dejar que ahoguen desde la descalificación, la insidia o el silencio a los que nos puedan salvar de un declive que sería en este terreno especialmente dañino y no sólo desde la perspectiva literaria".

Si el teatro vimos optó en su competencia con el cine por intentar sin éxito asemejarse a él, la novela en análogo trance y dada la libertad de que el género goza sus borrosos límites ha pretendido en diversas ocasiones separarse de la simple y pura narración y perderse en recobrecos expresivos, en primores de estilo, en rebuscadas oscuridades, en complicadas técnicas, complácemes críticos por lo general y olvidos públicos casi inmediatos, salvado el genio de algunos cultivadores porque lo que la gente quiere desde tiempo inmemorial es que le cuenten historias, que le relaten otras vidas con sus venturas y desventuras, que le narren sucesos reales o ficticios y que todo se suceda en el tiempo azarosamente como su propio existir. El cine y la televisión le sirven esas historias y esos sucesos en imagen pero no han acabado de sustituir

la magia narradora de la palabra y la novela no va a tener otra decadencia que la que se empeñen en proporcionarle algunos de sus desnortados cultivadores.

**A**bunda lo malo, lo mediocre, lo deleznable, lo falto absolutamente de interés pero también lo original, lo brillante, lo bien contado, lo llamado a pervivir, lo que nunca perderá emoción, el 0,01% con el que empecé la conferencia. Terminó su conferencia con una

reveladora cita anónima de un escritor que, con sus palabras, busca remedio a una posible declinación de la novela. Me limito a recoger tan sólo sus últimas palabras por tener un interés especial desde el punto de vista del curso: "Es de los lectores de quienes depende lo que pueda ser en cada momento la literatura y, por lo tanto, a ellos, es decir, a nosotros, corresponde evitar su decadencia, ¿cómo? No dejándonos engañar por los fuegos fatuos, así de simple".

C.H.

## *Olegario González de Cardenal: Religiosidad e Iglesia*

El conferenciante comenzó su introducción señalando que es difícil enumerar los criterios para identificar la decadencia. Citó del libro de Ortega La rebelión de las masas, el capítulo La altura de los tiempos, en donde el filósofo español dice: "Frente a los diagnósticos de decadencia, yo recomiendo el siguiente razonamiento: la decadencia es, claro está, un concepto comparativo. Se decae de un estado superior a un estado inferior. Ahora bien, esa comparación puede hacerse desde los puntos de vista más diferentes y varios que quepa imaginar (...). No hay más que un punto de vista justi-

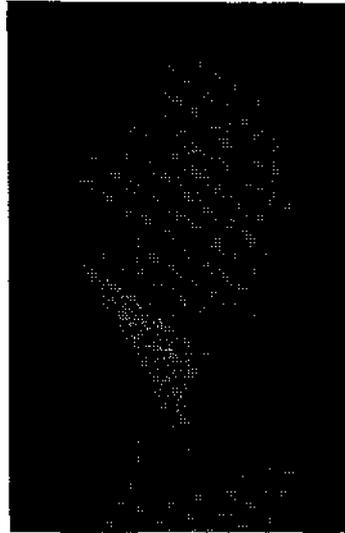
ficado y natural, instalarse en esa vida, contemplarla desde dentro y ver si ella se siente a sí misma decaída, es decir, menguada, debilitada e insípida". De esta manera pasó inmediata-

mente a ocuparse del punto primero de su conferencia, titulado, "Diagnóstico de una época decadente". Según el teólogo salmantino, una época muestra signos de decadencia: Primero, cuando hay ausencia de objetivos claros, públicamente interpretados y aceptados no sólo por minorías sino por una amplia capa de conciencia social; en segundo lugar cuando independientemente de que esos objetivos hayan sido formulados, quizás por minorías, hay ausencia de ilusión ante ellos y ausencia de voluntad por lograrlos; en tercer lugar cuando hay ausencia de medios eficaces y de decisiones proporcionadas para el logro de esos objetivos. Cuando en lugar de voluntades hay veleidades o noluntades por parte de otros grupos que hacen imposible esa voluntad eficaz; en cuarto, cuando hay ausencia de figuras ejemplares que den la talla de lo posible y que den el aliento necesario para que los demás se percaten de que en llevar a cabo esos objetivos va la dignidad de la vida. En nuestros últimos decenios, dijo, se ha minusvalorado la necesidad que el espíritu humano tiene de guías y de ejemplares. Se ha pensado que no se necesita exhortar sino que basta demostrar y que no arrastran las figuras que viven de una manera sino los imperativos o las leyes o las exigencias que desde la autoridad o desde la coacción se imponen. Le parece al conferenciante que la ausencia de figuras ejemplares, que en medio de naufragios o de desesperanzas, muestren la talla de lo humanamente posible y de lo humanamente necesario y dignificador es uno de los

signos de decadencia; y por último, cuando existe ausencia de minorías que tengan esta doble característica: minorías contemporáneas a la altura del tiempo y, a la vez, decididas a fondo perdido a dejar su vida al servicio de los ideales a los que han otorgado confianza; con independencia de que logren eficacia social o no la logren.

Según el profesor González de Cardedal, las tres áreas dentro de las cuales tendríamos que verificar lo anterior son: "Religiosidad, Cristianismo e Iglesia". De esta manera, por tanto, pasó a tratar el segundo punto de su conferencia aunque antes hizo dos observaciones previas: primera, que a lo largo de nuestro siglo, superado el positivismo científico y las actitudes dogmáticas de carácter religioso o integrista, hubo una capacidad de recuperar la Religión en una clave positiva. Y segunda, que también hemos asistido en los últimos decenios a una especie de depreciación de la Religión por el flujo en parte de los remanentes social-marxistas o de otro tipo de sociología.

**L**a primera palabra por la que se preguntó fue la de Religiosidad. Distinguió dentro de ella otras seis: Religiosidad, Religión, Fe, Eclesialidad, Protagonismo eclesial, Ministerio institucional. Para el conferenciante hay que tener claro que Religiosidad, Religión y Fe son tres cosas distintas. Religiosidad indica sentido de pertenencia cósmica, sentido de inmersión en la totalidad, sentido de dimensión que nos trasciende y veneración, respeto, que se tiene a aquellas cosas que



Olegario González.

nos desbordan, que nos asombran, que nos conmueven o que nos embargan.

Religión, en cambio, se da cuando lo anterior existe con sentimiento y acatamiento a un ser supremo de naturaleza sagrada con soberanía sobre nuestra vida; al cual se acoge, asintiéndole a él, viviendo de su benevolencia y estando delante de él, como medida y todo lo que da la medida de la meta.

La fe presupone una historia específica en la que se reconoce una presencia manifestativa de Dios a la historia, es decir, unas

palabras y unas acciones a las que consideramos presencia relevante junto a las cuales aparecen unos hombres, intérpretes de su sentido; de tal forma que las gestas históricas y las palabras proféticas convierten a unas realidades en revelación de Dios.

La Eclesialidad de la fe implica la integración a un grupo social que encarna de manera pública la fe recibida en su dimensión confesante, celebrante, determinante de la vida moral y de los signos de realización de la vida humana. Esa Eclesialidad puede tener distintas intensidades: la normal pertenencia, integración o la afectación que puede producirse al sentirse llamado por una particular vocación hacia Dios; asumiendo un papel público que, en el ejercicio de su libertad, va a conformar de la manera máxima posible por las exigencias de la fe; es decir, realizando un ejercicio profesional que, como cualquier otro, tiene una enorme elasticidad en sus conclusiones, pero que él lo va a dar de sí lo máximo que implica; iluminado, vivido, conformado desde su propia confesión de fe y pertenencia cristiana. Con lo cual va a lograr una significatividad, una significación pública y una presencialización de la Iglesia más explícita y real; aunque nadie ni nunca le hayan dado ese encargo sino le haya nacido de la exigencia y del dinamismo de la propia fe.

Y hay finalmente, lo que denomina Integración institucional, apostólica; que es aquella situación en la que un miembro de esa Iglesia es asumido, convocado; para que participando de la autoridad que le es inherente a

la propia institución la ejercite públicamente en nombre de esa Iglesia y desde esa Iglesia.

**S**egún el conferenciante, todos estos niveles han de ser observados cuando pronunciamos la palabra Religiosidad.

AL diferencia del título de la ponencia "Religiosidad e Igle-;ia", él introdujo una palabra nueva: Cristianismo. De nuevo aquí establecería cuatro niveles: Cristianismo, Cristiandad, Cris-tianía.

Cristo. —En este apartado se preguntó: ¿Qué significación pública tiene en la cultura, en los grupos y en las conciencias la figura histórica concreta de Jesús de Nazaret?. Del cual resaltó su condición compleja y múltiple de hijo de un pueblo y de una cultura, con naturaleza profética y mesiánica. Figura, por otra parte, reconocida como presencia definitiva de Dios y, por tanto, al ser confesado como hijo, como Dios y como salvador de la vida humana ha desencadenado gran cantidad de esperanza, utopía, moralidad así como se ha guardado de él memoria orante, celebrativa y eucarística.

Cristianismo. —Término que pretende implicar el conjunto de verdades, valores y pensares que han surgido de la persona y del hecho Cristo; que han fecundado la historia humana desde la filosofía al arte, etc. y que una vez que surgieron, están ahí como fermento, como potencia constructora de la conciencia humana. Ese universo que implica elementos de historia, de tradición, de sentido, de articulación racional, ¿en qué medida

es conocido, pensado, y sigue siendo horizonte de conformación de las conciencias?. Cristiandad.—Con ella se ha solido designar el conjunto de realizaciones sociales, culturales, políticas, pedagógicas, sanitarias, institucionales a través de las cuales los cristianos han ido queriendo dar cuerpo expresivo a los ideales de los que vivían, han ido queriendo mostrar en el corazón del mundo la posibilidad de una materia comprendida, conformada y articulada a la luz de lo que el evangelio hace posible o exige.

Cristianía.- Se designa con ella aquella misteriosa transformación de la vida personal que tiene lugar cuando un hombre con su inteligencia, con su libertad, con su corazón, vive, se conforma y se entrega al Dios revelado en Cristo. Es cuando, con San Pablo, puede decir: "No vivo yo. Es Cristo quien vive en mí". Según el conferenciante, al poner la palabra Iglesia podemos estar queriéndonos referir a alguno de los siguientes niveles. El primer nivel corresponde a la Santa Madre Iglesia Católica

extendida por todo el orbe. El segundo nivel lo constituyen diferentes realizaciones menores dentro de esa misma Iglesia; no son otra Iglesia sino que son la decidida voluntad de realizar una dimensión de la Iglesia sirviendo a una vocación que personalmente se siente. El tercer nivel es el de los llamados movimientos eclesiales contemporáneos que intentan, con su nacimiento, recuperar la experiencia cristiana permitiva mediante métodos neocatecumenales, mediante experiencias carismáticas, mediante exigencias morales mayores, etc. Un cuarto nivel es el que el conferenciante denomina como grupos en el borde de la tentación de secta o minorías que viven del puro susto o del puro rencor.

La tercera parte de la conferencia constituiría una "mirada a la Iglesia española desde 1960-1990". Subrayó, en grandes líneas, algunos aspectos positivos y negativos.

**C**omo aspectos positivos enumeró los siguientes: La inserción constitucional clara, limpia y libre sin hipoteca de ningún orden; diferenciación respecto del Estado y de la sociedad a la vez que inserción clara en ella, sin retirarse hacia el sectarismo y sin reclamar ninguna peculiar dignidad como grupo social; manumisión de los órdenes cívicos que no le son específicos para que ellos con su lógica propia se organicen y vivan; colaboración generosa en las grandes causas de la marginación humana y de la promoción de los órdenes distanciados o no, llegados al nivel o de riqueza o de cultura o de

dignidad en nuestra sociedad; aportación económica a las grandes causas del tercer mundo; la superación de clichés identificadores entre Iglesia, actitudes conservadoras o alto nivel económico, y modernización de sus instituciones. En cuanto a los aspectos negativos también hizo una enumeración exhaustiva: Se ha interrumpido la transmisión colectiva de la fe que había durado siglos en Europa; menor identificación cuantitativa con la Fe y con la Iglesia; menor afectación personal del sujeto por lo que la fe es; menor identificación con los contenidos del Credo y de la Iglesia; menor determinación de la vida moral, por lo que el Cristianismo se considera sagrado en el orden de la vida; perplejidad respecto de las realidades escatológicas; auge considerable del ateísmo y del agnosticismo; menor identificación de los miembros de la Iglesia con las autoridades y directivas de ella; envejecimiento de la población guía en la Iglesia; pérdida de vocaciones en ejercicio apostólico exclusivo y descenso de nuevas vocaciones.

Una vez hecha esta enumeración tanto de los aspectos positivos como de los negativos, dejó abiertos los siguientes interrogantes para los que no encontró contestación: ¿Hay menos hondura espiritual?. ¿Hay menos protagonismo público?. ¿Hay menor densidad simbólica pública?. ¿Han desaparecido los signos públicos de la fe?. ¿Hay menor presencia asociativa en el orden político y social?. Según declaró, hoy por hoy existe un grupo humano de perduración fiel, limpia, libre, crítica,

gozosa, que sigue creyendo. Un segundo grupo de perplejidad, es decir, de quienes están es una perplejidad insuperable; no tienen razones para dejar de creer pero se recluyen en el silencio y no hablan. Un tercer grupo dominado por la secularización de la conciencia; pues creen que la realidad no da más de sí, que hay que atenerse a lo que hay, es puro realismo y atenuamiento a la finitud. Finalmente, existe la actitud y la tentación fundamentalista.

**E**n la cuarta y última parte de su exposición realizó una enumeración de lo que rotuló como "virtudes específicas para tiempos de fin de siglo" sean de decadencia o no. Según dijo, son las siguientes: Voluntad de verdad y de fidelidad creadora; magnanimidad y confianza para hacer posi-

ble lo que es posible y para no suscitar un fariseísmo que se nutra de resentimiento y desamboque en los anatemas; rechazo de las situaciones milagrosas; esperanza de lo que el hombre como imagen de Dios indestructible puede llevar a cabo y en la posibilidad histórica que el espíritu otorga a quien se abre a la verdad completa; desprendimiento para hacer todo lo posible cuando nada parezca posible; y de esta forma transmitir el legado del que unas generaciones anteriores han vivido y hacer posible el surgimiento de minorías que, en otro ciclo de historia, levanten de nuevo la esperanza y hagan posible las grandes creaciones históricas; que, sin duda, a nuestra generación desde el sesenta hasta el noventa no nos ha sido dado ver, tampoco en el orden de la Iglesia.

C.H.

1 profesor José Luis Pinillos inició su conferencia tratando de justificar el "interés y fascinación" que tenía para él

## *José Luis Pinillos: El equilibrio biográfico*

**E**un tema como el de la decadencia. Se halla, sobre todo —nos decía— en la capacidad humana para "detener" un determinado proceso evitable. Aparece como fascinante por el hecho de que a todos nos gustaría poder evitar

una decadencia y porque puede estar en nuestras manos la posibilidad de evitarla. Aunque, como nos señaló, no todos los procesos se pueden detener, ya que, en general, lo que sucede es que "todo lo que nace, muere y, finalmente, decae; es cuestión de tiempo". Los procesos a los que está sometido el sistema solar, por ejemplo, no se pueden detener. En cambio sí podemos detener, en determinados momentos, algunos procesos como los de involución, aunque después continúen su marcha natural. Ahora bien, por otro lado, debemos tener en cuenta que existen una serie de decadencias con una especie de "aura mala" que hacen que sea difícil y, a veces, imposible el poder evitarlas o detenerlas. Tal es lo que parece que vemos que sucede en decadencias como la caída del Imperio Romano o la caída del orden medieval. Cuando nos encontramos metidos en una decadencia de este tipo, nos ocurre, la mayoría de las veces, que ni siquiera podemos "detectarla". Importante para el profesor fue empeñarse en dejarnos clara, como punto de partida, una buena definición de decadencia. Para ello, se remitió al diccionario de la Real Academia. Aquí aparece como un "principio de debilidad y de ruina". Este sentido puede contribuir a otorgar a la palabra una "connotación fatalista" que todos mantenemos cuando la oímos. Él mismo reconoció que cuando Julián Marías le informó sobre la temática de las conferencias, enseguida pensó que si se trataba de decadencia, entonces se suponía que no era evitable y que si era

evitable, dejaba de ser decadencia. Pero, lo que hay que comprender es que la palabra encierra multiplicidad de significados y que, por tanto, desde determinados puntos de vista, no es contradictorio hablar de decadencia y pensar en la posibilidad de que sea evitable.

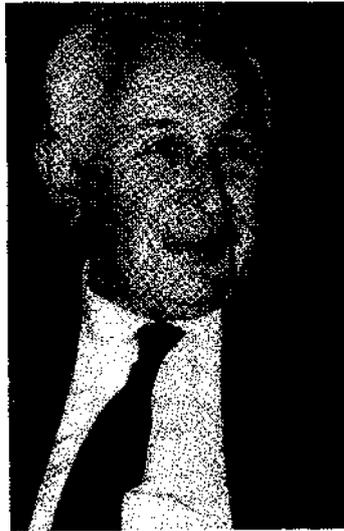
**E**s una palabra que siempre aparece en "momentos difíciles en los que el horizonte del mundo se ensombrece". Es entonces cuando comienza a oírse hablar de decadencia y de ahí van surgiendo toda una serie de teorías sobre ella, lamentaciones, actitudes apocalípticas, etc. Todos los grandes pensadores, en esos momentos, reflejan en sus escritos el momento por el que pasa la humanidad y extraen sus conclusiones y predicciones. Es el caso que nos citó de Montaigne, que concluía con una visión pesimista diciendo: "Miremos donde miremos, todo cruje y se desploma a nuestro alrededor... en todas las civilizaciones se encuentran evidentes amenazas de cambio y ruina". Pero, sobre todo, el profesor Piñillos se refirió a la intensa dedi-

cación de Marañón y Ortega al tema de la decadencia. La tesis del primero al respecto, según nos manifestó, le parecía muy significativa. Se trata de que las grandes decadencias en el mundo siempre han conducido a momentos de esplendor y prosperidad. La caída del Imperio romano, por poner un ejemplo, fue el impulso para que se extendiera el cristianismo. Así podríamos probar que se cumple una teoría del progreso. A base de decadencias y momentos florecientes, lo que se ve es que vamos avanzando. El profesor hizo referencia a Hegel. Quería decir que el mundo con el que nos encontramos es cada vez mejor. Se afirmaba así, cada vez más, en su creencia en el progreso. De aquí que comprendiéramos fácilmente su tesis de que, en estas ocasiones a las que estaba refiriéndose, "ni se puede ni se debe" evitar la decadencia.

**E**n segundo lugar, se dedicó a la postura orteguiana respecto a la decadencia. Según él, toda modernización lleva siempre consigo alguna ruptura porque "cada época tiene su lógica, su moral, su idea de lo que es bueno y malo..." Aquí también nos manteníamos en la idea de una "historia progresiva" en sentido hegeliano. Cuando una situación se degrada, después permite la aparición de una nueva mucho mejor. Ortega tenía la idea de que la decadencia permite momentos de apertura a otras situaciones nuevas y más florecientes. En esto era en lo que se reafirmaba Piñillos. Las leyes del método dialéctico siguen

cumplíendose a rajatabla en la historia. Se trata de una vuelta sobre lo mismo, para superarlo; un proceso negador, dinámico, en el que se produce una "interacción dialéctica de decadencia y renovación". Se trata de una interacción recíproca en donde tiene lugar un proceso ascendente desde los niveles inferiores a los superiores. Todo lo anterior puede aplicarse perfectamente al ámbito de lo personal y entonces llegamos al punto central del discurso. Esta es la idea que nos quiso comunicar el profesor con el ejemplo de la Transfiguración del Señor en el monte Tabor. Ese "y les mandó que predicaran", que aparece en los Evangelios, refleja fielmente la idea de que el ser humano "es camino, es historia, no es reposo". Sólo puede entenderse la historia desde el punto de vista dinámico que hemos apuntado más arriba y lo mismo ocurre con el ser humano ya que éste tiene que adaptarse continuamente al mundo en que vive. Por eso se justifica que el profesor prefiera la idea de equilibrio a la de equilibrio biográfico. Además, si éste se detiene o retrocede se convierte en patológico.

**A**hora bien, no es lo mismo hablar de decadencia a nivel social que a nivel biológico. Pero lo que sí es evidente es que si cambia el medio también cambia el equilibrio biográfico personal de un individuo. En este sentido, hay que hablar de una decadencia que no debe ni puede evitar-



José Luis Pinillos.

se ya que es natural y, "a la larga, todo decae, todo pasa y es bueno que pase. La única manera de que el hombre supere su finitud es por el cambio". Sólo así se puede entender el progreso humano. Para ello, un instrumento adecuado que está en nuestras manos es la experiencia. Ésta permite al hombre adquirir un cúmulo de soluciones a problemas que termina por configurar un a priori en vista al progreso. En este sentido, por tanto, no debe evitarse la decadencia, sino que es más bien, como decimos, necesaria para poder avanzar.

En otros casos, sucede, en cambio, que la decadencia es un síntoma negativo y entonces debe remediarse. A veces sucede que es posible. En el caso que el profesor citó, el de los países del tercer mundo, vemos que no siempre lo es. En algunos países se ha evitado o se está evitando porque funciona el control de natalidad. Pero, en otros, parece inevitable y la decadencia sigue su curso.

Cuando nos encontramos ante decadencias históricas, nos parece que éstas resultan ser inevitables. Ello se debe fundamentalmente a una serie de razones. Entre otras cosas deberíamos tener en cuenta que, para poder evitarlas, tendríamos que conocer las causas, pero sucede que no somos dioses. Deberíamos tener también los medios necesarios a nuestro alcance y lo que sucede es que no los tenemos. Por otro lado, el ser humano no se presta a ser manipulado. Además, el futuro resulta ser imprevisible y no existe una teoría del cambio adecuada a la que podamos acogernos.

**S**in embargo, el tema clave en el que nos quería introducir José Luis Pinillos desde el principio y que da sentido al título de su conferencia iba por otro camino y se presentaba con bastante claridad. Su intención en ella se resumía muy bien en unos interrogantes que lanzó al público: "¿Dónde está escrito que un proceso de discontinuidad, de paso de una situación a otra, haya que leerlo en términos de decadencia? ¿Por qué no en términos de distinción, de aparición de otra cosa diferente, de renovación?"

El ejemplo que puso del estilo gótico, que al principio fue considerado como una "barbarie nórdica" y después pasó a entenderse como "ideal de belleza romántica", estuvo muy acertado y nos hizo comprender enseguida que quizás cosas que estemos juzgando hoy como decadentes, mañana sean el símbolo de lo más sublime. Igualmente cumplía el mismo fin el ejemplo de la Revolución Francesa. A los hombres de la época les pareció que "aquello era el principio del caos, que la historia entraba en su final" y, en cambio, después hemos comprobado sus efectos positivos: dio origen a que se viniera abajo el absolutismo y aparecieran nuevos valores. El profesor seguía, por tanto, confirmándonos cada vez más en su tesis. Siguiendo su línea de explicación, y en consonancia con sus propósitos, el equilibrio debe ser entendido en el sentido de "homeorresis". Se trata de una "regulación dinámica ascendente donde se va equilibrando el individuo en grados de equilibrio nuevos, distintos y superiores a los anteriores". Por eso, el profesor prefiere utilizar el término de "equilibración" cuando se refiere al equilibrio biográfico, porque éste tiene el significado de homeorresis y no de homeostasis. El discurso seguía inundado de hegelianismo en todos los niveles.

**S** Se producen, por tanto, diferentes etapas de desarrollo y por esto pasa tanto el individuo como la humanidad en su conjunto o la historia. Además, la equilibración biográfica se encuentra

siempre en relación de dependencia con esos ámbitos más generales. Podríamos decir que esta equilibración se cumple de manera universal, hasta en el ámbito de la materia inerte. Aquí el profesor recogió las conclusiones de Prigogine al respecto. Según él "cuando se rompe la estructura de una materia, no viene el caos, hay una reorganización, una reequilibración de la materia en un nivel distinto y, generalmente, superior". La tesis del progreso parece que se comprueba por todos lados. Pues bien, cuando hablamos de equilibrio biográfico, hay que entenderlo, a juicio del conferenciante, como "el resultado de una equilibración constante". Se trata del "equilibrio personal a lo largo de la historia de un individuo" —según la definición que nos dio.

Pero, para que comprendamos bien este significado, hemos de tener en cuenta que el hombre no sólo es razón sino que también es pasión, según se ha podido ver a lo largo de estudios tan intensos como los de Freud. Por otro lado, no hay que olvidar que el hombre es un ser libre. Y

todo ello hace que, en este caso especial, nos encontremos ante un "futuro imprevisible". No podemos controlar nunca su forma de adaptarse y relacionarse con el medio porque la respuesta que dará un ser humano a un estímulo determinado no se somete a pautas fijas de acción, como la de los animales. El ser humano es un "ser de propuestas" no de respuestas. Además, alcanza un grado supremo de conciencia que le hace ser consciente de sí mismo y de sus actos de una manera muy especial. Todo esto es lo que principalmente contribuye a que el equilibrio humano sea "dinámico y creador", hace que permanezca en la línea del progreso y no se convierta en "equilibrio fosilizado", "inservible". Aquí se encuentra el fundamento para que podamos hablar de "una vida biográfica personal" —en el sentido de Ortega y de Marías, que Pinillos reconoció como una "visión certera"—.

**L**o más esencial del equilibrio biográfico o personal se encuentra conectado, según el profesor Pinillos, a la idea de "salud mental". Tiene las mismas características que ésta porque se refiere, como ella, a lo "cambiante" y "dinámico" que constituye al ser humano y, a la vez, se trata de un equilibrio "interior". Para nosotros los oyentes era un privilegio oír al profesor porque nos estaba introduciendo en su especialidad, la Psicología. Desde este punto de vista, se considera que una persona se encuentra equilibrada cuando en su vida no hay conflictos (en las relaciones interpersonales, en la familia, a

nivel sexual, en el trabajo, etc.). Se supone desde la Psicología, por tanto, que la "equilibración mental" es la base o fundamento para el equilibrio biológico. Pero, no sólo se supone sino que se puede probar mediante multitud de ejemplos. La dinamicidad típica de tal equilibración se debe a que el medio es cambiante y el individuo tiene que ir adaptándose a él. Cuando esta adaptación no se produce, aparece la patología y en lugar de hablar del progreso, hablamos de involución. Esto es lo que nos encontramos hoy cuando una persona se empeña en "aferrarse" a ideas y criterios de hace cincuenta años. Los padres que quieren educar a los hijos de hoy desde una perspectiva semejante, lo único que consiguen es que aparezcan conflictos a nivel familiar. He aquí un ejemplo de desequilibrio.

¿Cómo conseguir el equilibrio personal? se preguntó Pinillos. Mediante una actitud comprensiva hacia los demás y hacia las situaciones por las que pasamos y el momento histórico que nos toque vivir. Es algo muy importante y que, por tanto, hay que tener en cuenta siempre; se trata de que "el equilibrio personal de uno tiene que dejar lugar para el equilibrio personal ajeno". "La plenitud del equilibrio personal" no la podemos encontrar en otro lugar más que en el amor, concluyó Pinillos. Aquí se encuentra el verdadero sentido del equilibrio biográfico, ese que es creativo, dinámico y progresivo y que sólo se comprende desde la dialéctica hegeliana, que, en definitiva, no es otra cosa que progreso.

M.L.D.

## Guido Brunner: Democracias hoy

Guido Brunner se refirió a la melancolía postmoderna que nos ha entrado, una melancolía de difícil explicación, pero al mismo tiempo comprensible, porque —dijo— en el momento en que cayó el comunismo, como último totalitarismo que nos unía en la oposición a él, surgieron también dificultades y defectos en nuestro régimen democrático, lo que a su vez provocó una visión más crítica del mismo, el conferenciante sostuvo la tesis de que hay que analizar qué es una democracia, para así comprobar los defectos y potencialidades que ofrecen las democracias en que vivimos y dónde encaja nuestra democracia dentro de la historia de la civilización y de la historia de la humanidad.

El primer aspecto del que se ocupó fue uno, sin lugar a dudas, fundamental dentro de las de-

mocracias: el respeto a las libertades. Guido Brunner reconoció que la democracia es el sistema que deja al individuo desarrollarse en libertad con una merma de su campo de actividad mínima y que respeta sus derechos fundamentales. Estos últimos tienen una larga historia. Surgen, de alguna manera, en la filosofía griega y tienen una raíz cristiana. Según el conferenciante, sin el inmenso impacto del cristianismo y, en este sentido, Cristo fue un revolucionario, el valor del individuo como portador de derechos hubiera sido mucho menor. De ahí que estos derechos fundamentales sean objeto de la enemistad radical por parte de todos los regímenes totalitarios. Por otra parte, estos derechos fundamentales que se desarrollan luego a través de la revolución americana y de la revolución francesa así como en la carta de derechos humanos, constituyen el núcleo mismo de la democracia y así lo conciben todos los Estados totalitarios.

Los derechos fundamentales hoy en día están garantizados, pero son objeto muchas veces de críticas por parte de teóricos que no conciben la democracia como centrada en estas libertades fundamentales, sino que la ven de otra forma, como una democracia esencialmente social relacionada con prestaciones patrimoniales, relacionada con

seguridad social, con una componente económica. Se ha repetido muchas veces en el curso de nuestro siglo la crítica a esta democracia centrada en los derechos y libertades. Se refirió concretamente a la crítica fun-damentalista de contraposición entre lo que se llama democracia formal por parte de muchos y la democracia real, que plantea diferencias entre ricos y pobres y crea abismos muchas veces en cuanto a ingresos. Esta crítica la han hecho muchos teóricos de nuestra época y muchas veces adquiere una virulencia extraordinaria. Por ejemplo, en la República de Weimar, hubo una serie de intelectuales que hacían esta crítica de la democracia por contraposición, diciendo que la democracia es como unas reglas de juego vacías de contenido. Claro que, para el conferenciante, desde el momento en que carecen de contenido y no hay igualdad, la democracia deja de existir.

Uno de los críticos fun-damentalistas de esta época ha sido el jurista alemán Cari Schmitt, quien con su crítica de contraposición muy dura, ridiculiza el valor de instituciones como el parlamento o los partidos políticos, contribuyendo en gran medida a destruir la democracia alemana de la República de Weimar. Participan en este juego también, desde un ángulo más trivial, muchos satíricos escritores e intelectuales, quienes desde un fascismo o marxismo militante acumulan ridículos sobre estas instituciones democráticas y, en particular, sobre el político. Por consiguiente, una democra-

cia para que funcione, según Guido Brunner, ha de tener este respeto del catálogo de los derechos fundamentales. Recordó el artículo 1 de la constitución alemana de la Ley Básica de Bonn, que dice: "La dignidad del hombre debe ser respetada en todas las circunstancias". En segundo lugar, una democracia exige que exista una ciudadanía, que es más que un grupo de sujetos que no está ligado entre sí y es mucho más que gozar todos la misma seguridad social. Quiere decir que a través de medios de comunicación, de actividades y de un interés común, se siga lo político y se participe en cierta medida en lo político. Según expresó el conferenciante, esto resulta muy difícil de conseguir en nuestra época porque las relaciones entre ciudadanos y entre ciudadanos y Estado se han vuelto muy materiales; en muchos casos, se reduce la relación al cobro de impuestos, a la evasión de impuestos, al cobro de subsidios, de paro, de enfermedad, y a ob-

tener beneficios de todo género, como subsidios familiares, prestaciones por invalidez, etc. Lo cual se ha convertido en el núcleo de relaciones entre la ciudadanía y entre la ciudadanía y el Estado, algo muy negativo para Guido Brunner, puesto que el Estado no puede ser nunca el último cobijo del individuo; donde tiene que encontrar este cobijo el individuo es en la sociedad, en la ciudadanía. Citó a un autor polaco, Kolakowski, que dice: "Si no hay asociaciones libres, si no hay cultura, asociaciones culturales, si no hay iglesias, ni corporaciones profesionales donde el individuo se pueda desarrollar en sociedad, en última instancia, el sujeto no encontrará cobijo en momentos de crisis".

Le parece a Guido Brunner un aspecto muy importante dentro del entramado democrático; puesto que donde esto falta y no hay una estructuración fuerte de lo que se llama la sociedad civil, donde el Estado es todopoderoso, ahí tampoco en definitiva hay democracia. Es un problema que se plantea sobre todo en estos momentos de crisis económica.

Recordó a un socialde-mócrata alemán de izquierdas, Dressler, que atribuye al Estado moderno todos los poderes. Dice: "El Estado moderno está para todo lo que tenga que ver con vivir, con amar, con trabajar, con nacer y con morir". En opinión de Guido Brunner, esto es ya el Estado que rebasa con mucho la cuota del 50% del P.I.B. que tiene actualmente, por ejemplo, un Estado de economía de merca-

do social como la República Federal de Alemania y esto es algo que se acerca al Estado omnipotente.

Al conferenciante le parece que hay que pararse a pensar, cada vez que tenemos una crisis, si esta carrera hacia el Estado es buena o no lo es. Ahora bien, en su opinión, para que exista democracia no sólo son necesarios el respeto a los derechos fundamentales del individuo y una ciudadanía vigilante, activa y participante, sino que también debe existir una representatividad de los que gobiernan frente a los que son gobernados.

**L**os conflictos sociales que existen en toda sociedad, tienen que manifestarse de forma que los que lo regulan representen estos intereses y puedan aunarnos en soluciones. Tan importante es saber decidir en estos casos como saber aplazar o saber no actuar porque estamos en una época de rápida mutación. Según el conferenciante, para que haya representatividad tienen que existir tres elementos: partidos políticos que funcionen, una posibilidad de gestionar el cambio y sistemas electorales que permitan crear esta representatividad. Los partidos políticos —dijo— siempre pretenderán tener un campo de actuación mayor del que les permite la situación de la sociedad y del que es recomendable. Esto es natural porque compiten con asociaciones, con corporaciones, con una serie de entidades y con el propio gobierno, aunque sean el partido que apoye a éste. Ya tenga mayoría



Guido Brunner.

absoluta o no la tenga, los partidos políticos tenderán a hacer un "seguimiento" de lo que hace el gobierno, observándolo, criticándolo, y siempre existirán gobiernos en la sombra, que es simplemente la actitud natural de un partido político frente a la acción gubernamental. Según el conferenciante, esto no tiene nada de escandaloso; más bien, al contrario, los partidos políticos tienen que tener esta actividad, que será más amplia o más estrecha según la

sociedad en la que actúen, esté más estructurada o menos, pero que irremediamente tendrán que actuar en esta dirección. Comentó que los partidos políticos en la situación en que vivimos necesariamente por las grandes expectativas que se asocian a su actuación, tienden a tener problemas de financiación.

Otro problema de los partidos políticos es el del reclutamiento de su personal. "El político hoy en día, casi siempre, sale ya de la misma escuela; empieza a hacer política en una etapa muy joven. El político se especializa en la materia que le va cayendo en el curso de su carrera política. No es especialista o técnico antes de llegar a ese punto" —dijo Guido Brunner. Esto conduce a que, muchas veces, se convierta en un especialista en una materia muy importante hoy en día; se convierte de generalista en un especialista en comunicación, es decir, sabe actuar en la televisión, sabe hablar por la radio, sabe dar entrevistas, sabe escribir artículos, etc. Puso especial énfasis en recalcar que esta figura es digna de que sea respetada, por la dificultad que entraña llegar a este punto, que requiere una perfección también en grado extremo.

**E**l modo como se recluían los políticos es a través de los sistemas electorales. En lo que se refiere a éstos, reconoció el hecho de que sufren una gran imperfección. El sistema electoral proporcional que, por ejemplo, se da en España, es un sistema que no ofrece la misma garantía de representatividad que el sistema

mayoritario pues, en este último, las minorías no cuentan para nada. Según el conferenciante, los sistemas electorales nunca son perfectos, siempre habrá modificaciones posibles, siempre será posible abrir las listas en vez de dar listas cerradas, es decir, dar al ciudadano la posibilidad de dar cambios en las listas. Ahora bien, esto da satisfacción al electorado y se ha comprobado que donde hay estas listas abiertas, el electorado cambia muy poco y se aceptan las listas tal y como se presentan. Insistió en que no se trata de formalismos, puesto que se trata de la médula misma de la democracia, del acto electoral.

Por último, una democracia ha de saber gestionar el cambio de la vida. Con una cariñosa mención a Julián Marías dio paso a una cita de Ortega, que dice: "Un acontecimiento histórico que afecta a dos generaciones distintas tiene una importancia distinta para una que para la otra". Este devenir de la vida se ha convertido en nuestra época en un devenir galopante. En opinión de Guido Brunner, nunca en la historia de la humanidad ha habido cambios tan rápidos, tecnológicos, estructurales en la sociedad, generacionales... Todo fluye de una manera vertiginosa y esto forma parte del terrible proble-

ma que tiene el gobernante y la democracia, de conseguir combinar estabilidad con cambio. Recordó la caída del marxismo que debió su impulso a un impulso tecnológico, material, de una determinada época que hace nacer una filosofía utópica que cree prever el futuro en todos sus aspectos y crea una pseudoreligión, profetizando un abocar hacia una situación de paraíso terrestre a través del análisis profundo de este cambio tecnológico.

El gran problema de todo gobierno democrático, lo encuentra Guido Brunner en saber en qué medida tiene que arrastrar el futuro hacia el presente. Los jóvenes están muy poco orientados hacia el futuro hoy en día, los mayores, paradójicamente, están mucho más preocupados por el futuro y el establecer un balance entre esta situación de

presente y de futuro, el tomar las medidas necesarias desde el presente y el arriesgar en lo menos posible para no equivocarse es un problema esencial del gobernante democrático.

Con todo esto, llegamos al último aspecto de la conferencia, que apunta hacia una situación en el que la democracia no es imaginable si no se desarrolla en forma de una cultura democrática, si no se desarrolla dentro de esta sociedad una pedagogía que no debe venir sólo del Estado, sino en la que tienen una función las iglesias, las asociaciones profesionales, el patronato, los sindicatos, para desarrollar el sentimiento del respeto al prójimo, del reconocimiento del otro, para que no se crea que una vez que se ha quitado la tiranía del uno, se da paso a la opresión a través de la masa. Para Guido Brunner es un problema fundamental, el del reconocimiento del bien común y de la distinción entre el bien y el mal.

Estamos ante un problema de difícil solución —dijo— pues la democracia misma no les puede dar este sustrato ético de distinción del bien y el mal. Esto es previo a la política; puede venir de la religión, de la moral, etc. En definitiva, se trata de que el político esté siempre al servicio del bien común.

C.H.

Nuestra selección de libros para el presente número de "Cuenta y Razón" está dedicada

de manera especial en el apartado relativo a biografía porque las novedades editoriales se han centrado principalmente en este apartado. A la biogra-

## *Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales*

fía añadiremos, sin embargo, algún ensayo político y un estudio importante acerca de Historia del Arte, más que nada por lo que tiene de

modélico como monografía de un artista vivo.

### JAVIER TUSELL

#### *Ensayo político*

La cuestión del nacionalismo parece haberse convertido en una de las esenciales en la filosofía política contemporánea. Cuando parecía desvanecerse la Nación como entidad digna de ser tomada en consideración héteme aquí que parecen haberla despertado dos evoluciones distintas y, sin embargo, coincidentes en el mundo actual: la emergencia de nuevas naciones en el Este europeo, como consecuencia de la crisis del comunismo, y la aparición de movimientos regionalistas o separatistas en Europa occidental como resultado de la crisis de los sistemas democráticos (como es el caso de la Liga Norte italiana). En España el debate sobre el

nacionalismo tiene lugar de forma periódica y sujeto de forma exclusiva a las afirmaciones intempestivas de algún líder político. Eso tiene el inconveniente de impedir un debate válido acerca de una cuestión importante. Tomemos, por ejemplo, la comparación establecida entre la violencia terrorista y la de las fuerzas armadas de acuerdo con la Constitución que acaba de hacer el Presidente del nacionalismo vasco. Lo que acaba de afirmar Arzalluz no es una provocación ni una muestra de totalitarismo, es, sencillamente, una inexactitud y una afirmación, más bien estúpida, que nada tiene que ver con un nacionalismo de buena ley. El papel dado al Ejército no puede ser otro porque ¿qué cabría atribuirle, si por ejemplo, Marruecos decide que Almería

es suya? La propia Constitución española, sin embargo, establece unos principios superiores en el ordenamiento político que permiten la existencia de organizaciones políticas cuyo propósito es la independencia de uno de sus componentes regionales y el Ejército no tiene ninguna facultad para impedirlo.

Pero lo que interesa, sobre todo, es que esa actitud no responde, en realidad, a un nacionalismo defendible a la altura del fin de siglo ni siquiera por razones verbales más que de fondo. No es justificable presentar el "nosotros" (es decir, el signo de identidad propia) como un "no-a-los-otros", es decir, en una contraposición radical a un supuesto adversario amenaza-

dor. Lo es, incluso, cuando se utiliza como argumento retórico porque parece olvidar que siempre deben existir previos y más fundamentales principios que la pura afirmación propia. Arzalluz, en realidad, antes que nacionalista vasco es demócrata y cree en los derechos de la persona; si ETA triunfara sería de los primeros que habría de sufrir las consecuencias. Por eso no tiene sentido alguno su afirmación de que la Constitución, que es la garantía de su libertad y la de todos, incluya idéntica violencia que la de ETA.

Lo malo de una frase como esa es que prueba que en el debate ideológico en el mundo actual estamos llegando a un grado de simplificación excesiva respecto de los nacionalismos que, de esta manera, se están presentando a menudo como una de incubo al que se acaban por atribuir todos los males, en especial el desorden del mundo en la hora presente. El nacionalismo sería, en la visión de muchos, un puro retorno a la prehistoria, expresión de una extremada zafiedad intelectual y una amoral utilización de la fuerza impositiva en la relación entre las comunidades humanas. Su único signo determinante consistiría en la voluntad de exclusión del otro y, esencialmente irracional, resultaría una especie de reformulación del totalitarismo. En esta interpretación juegan elementos muy diversos. En la izquierda hay quien sigue descalificando al nacionalismo porque de manera necesaria debiera representar unos intereses de clase. En la derecha

quienes se instalan en un nacionalismo consolidado, identificado con un Estado, tienden a repudiar como inaceptables los nacionalismos emergentes y, al mismo tiempo, justifican cualquier cosa en favor del primero. Estremece, por ejemplo, en las memorias de la Thatcher, que, después de dedicar largos párrafos a atacar, con toda la razón, al IRA, juzgue en términos muy positivos la guerra de las Malvinas, que costó tantas vidas humanas, en función de la reafirmación que supuso del orgullo nacional británico. Juega, en fin, en contra de los nacionalismos una tendencia que está fuertemente instalada en la conciencia humana y que consiste simplemente en repudiar todo cuanto encierra algo de peculiar y distinto. Pero la demonización del nacionalismo es un diagnóstico errado cuyo inconveniente es que, de este modo, impide resolver los problemas que respecto de él se presentan. Sólo en España en los últimos tiempos han reaccionado contra la tendencia condenatoria perso-

nas de tan diferente significación como Miguel Herrero y Xavier Rubert de Ventos, proponiendo interpretaciones distintas. De este último merece la pena leer un libro reciente, algo pedante y confuso, que, con el título *"Nacionalismos. El laberinto de la identidad"*, ha publicado *Espasa Calpe, Madrid, 1994*, y que, a pesar de esos inconvenientes encierra algunas sugerencias de interés. Porque con ellas se pueden entender y resolver mejor los problemas actuales —también los españoles— merece la pena traerlas a colación en este momento.

En el auge de los nacionalismos lo que hay de manera primaria no es una vuelta a la prehistoria, sino a la realidad. La democracia española sería inimaginable si evitara la existencia de fórmulas autonómicas. El nacionalismo no ha provocado la guerra de Yugoslavia sino que éste es un delito del poscomunismo: lo lógico es que Europa hubiera reconocido a los componentes de una federación que se disgregó por expresión de la voluntad mayoritaria y que hubiera contribuido a detener a los agresores serbios en vez de tratar de mantener hasta el final un Estado imposible. El nacionalismo es también el resultado de una resistencia ante una burocracia, estatal o supraesta-tal, que pretende imponerse porque se atribuye la capacidad de decidir por sí respecto a los intereses de los ciudadanos. Cuando los daneses decidieron, en contra del resto de los europeos y de la totalidad de sus propios partidos, votar contra

Maastricht, no estaban practicando un nacionalismo periclitado sino demostrando que en una democracia el ciudadano siempre es capaz de rectificar lo que se le impone. Algo parecido cabe decir también de la Liga Norte en Italia.

**E**n realidad, por tanto, una cierta dosis de nacionalismo no sólo no es contraria a la democracia sino que conecta con uno de los rasgos esenciales de este sistema político. En él la identidad propia no se desdibuja sino que se reafirma para contribuir al acervo común y la minoría es respetada sin necesidad de perder sus rasgos; en eso, por ejemplo, se basan los Estados Unidos. Se suele hablar del "melting pot" que caracteriza al mundo norteamericano, pero no siempre parece tomarse en serio lo que dichas palabras significan. Allí no se produce una pérdida de identidad como consecuencia de un abandono de las propias características como sucede con la tradición cultural y política francesa. Durante mucho tiempo las minorías han tenido una activa vida propia tanto en lo político como en lo social y eso, sin embargo, no ha hecho imposible la convivencia. Se puede argüir que ha sido la dispersión geográfica de esas minorías la que ha hecho posible esta última, pero lo cierto es que la causa fundamental reside en el hecho de que existe una coincidencia respecto de las formas de resolver los conflictos y la apertura a todos los ciudadanos del máximo de posibilidades vitales, sean cuales sean sus caracteres originarios.

Lo esencial, por tanto, consiste en poner por delante los principios democráticos y el respeto a los derechos de la persona, en definitiva la esencia del sistema político. Si se parte de esta base siempre será posible un acuerdo, de convivencia o de conllevancia, sin detrimento de la identidad propia. Eso no lo debieran olvidar Arzalluz ni quienes le atacan, en la derecha española, no menos nacionalista. Lo que no puede suceder es que el nacionalismo ponga en cuestión lo más decisivo. ¿Son los políticos un género de profesionales sujetos, como tantos otros, a un tipo de enfermedades que puedan describirse como profesionales? La pregunta parece un tanto absurda y, sin embargo, merece la pena tomarla en consideración de manera detenida. Lo malo no es que el cuero de los escaños les cause daños en las posaderas o las alfombras mullidas de los despachos en los pies; ni siquiera que el escuchar con frecuencia discursos parlamentarios les entontezca. El problema podría

ser grave si además, el género de vida que lleva el político profesional les puede llevar a la demencia o al menos a comportamientos poco normales en el terreno psíquico. Lo es porque el papel que desempeñan en la vida colectiva y aquel otro que puede tener repercusión en la nuestra propia es tan relevante que resultaría muy peligroso que permanecieran en su puesto a pesar de este género de desequilibrios.

**U**n psicólogo que ha ejercido como tal en el parlamento italiano ha llegado a la conclusión de que este género de enfermedades profesionales existen y, además, ha considerado oportuno revelarlas en la conciencia de que de esta manera no se pone en peligro el sistema democrático sino que se revelan los medios que hay que poner para que no se desvíe por el desvarío de los parlamentarios. La portada del libro de *Fiero Rocchini, "La neurosis del poder", Madrid, Alianza Editorial, 1994*, ofrece una mano con un billete y, por ello, puede dar la sensación de que se refiere a la propensión de los políticos, que por desgracia se ha demostrado tan justificada, a quedarse con lo que no es suyo. Por supuesto, muchas pruebas de eso aparecen en el libro. Las respuestas dadas en el diván del psicoanalista por los parlamentarios italianos anteriores a las recientes elecciones demuestran que las razones por las que se movían no tienen mucho de desinteresado. Sólo el 16% de los parlamentarios italianos parecen haberse movido por

razones tan obvias como los Ideales de su partido. Pero eso 10 es lo peor: lo que los parlamentarios italianos del antiguo régimen querían no era llegar a diputados sino como un paso previo a un cargo público, e incluso más de un tercio querían, más que nada, dinero. A eso ha quedado reducida la profesionalidad del político.

**T**odos esos porcentajes pueden ser discutibles; desde luego no serían admitidos en público por quienes los revelaron. Pero lo importante no es tanto la mezquindad como la neurosis que la acompaña. Sobre ella no cabe dudar porque en la política cotidiana en todos los países encontramos cumplidas pruebas de ella.

El político profesional padece, en primer lugar, de neurosis narcisista. Paradójicamente, un ser que en teoría debería dedicarse de manera eminente a pensar en los intereses colectivos sucede que tiene como registro fundamental en su mente el pesar en sí mismo. En realidad no tiene mucho de particular que así sea. El político vive en una campana cerrada, impenetrable ante el mundo exterior; por eso en ese mundo reducido tiende a situarse en el centro, al ver la vida a través de sí mismo y de sus intereses. El político tiende a hablar tan sólo de política y lo hace en función de sus intereses de promoción personal. Visto desde fuera, ese tipo de actitud asombra y, sin embargo, el hecho de que se transparente de forma tan clara revela la magnitud del narcisismo. Sólo de esta manera resulta

concebible algún hecho tan ridículo como aquel libro de largas declaraciones de Alfonso Guerra al comienzo del mandato socialista. Únicamente así se comprende la dificultad de readaptación de los políticos a la vida cotidiana normal una vez concluido el período de su presencia en el poder. Acos-trumbrados a mirarse en el espejo no son capaces de darse cuenta de que alguna vez éste descubrirá su propia imagen. Del narcisismo derivan tres neurosis complementarias de las que tenemos una larga serie de ejemplos en la política española. La primera es la más obvia y se denomina omnipotencia infantil. Alejado del mundo y poseedor de un poder supuestamente infinito (porque no nace de su ahorro personal sino de la Hacienda pública), el político se cree capaz de todo. Un signo evidente de dar cuenta de sí mismo consiste en gastar. Nuevo Descartes, da razón de su ser con el "gasto, luego existo", de ahí la megalomanía de sus proyectos. Pero al mismo

tiempo que se siente omnipotente como individuo sabe que actúa en un contexto colectivo con el que mantiene una relación ambivalente. El partido es para él como un claustro materno que le protege (y aísla) de un mundo exterior hostil. Fuera de él no hay salvación alguna, pero dentro hay también peligros graves. Un tercio de los parlamentarios italianos tenían su peor enemigo en el seno de su propio partido, según Rochini. No puede extrañar que el político se sienta peligrosamente tentado por el complejo de persecución.

A poco que uno conozca la política profesional, acaba por concordar con este diagnóstico. Se llega, así, a la conclusión de que a un político hay que medirlo no sólo por la inteligencia sino también por el carácter. Por eso debería ser necesario evitar que la profesionalización del hombre público produzca esos resultados.

### *Biografías*

**D**e entre las biografías recientemente aparecidas hay que hacer especial mención de la que es autor *Paul Presión*, "*Franco, Caudillo de España*", *Barcelona, Grijalbo, 1993*. El conocido hispanista británico acaba de publicar, en efecto, en la editorial Grijalbo una extensa biografía del dictador que, sin duda, va a ser durante mucho tiempo un punto de referencia obligada, en especial más allá de nuestras fronteras. La obra de Preston, como historiador, es bien conocida en los medios

especializados anglosajones, figurando con pleno merecimiento su nombre junto al de personas como Carr, Payne o Malefakis entre quienes mejores aportaciones han hecho a nuestra historia reciente y, sobre todo, han dado una imagen de nuestro país más influyente en otras latitudes. Su obra se había centrado hasta el momento presente en los años treinta, aunque su capacidad de trabajo le ha llevado a tocar los más diversos temas, incluso los de una Historia más próxima, como editor y compilador de trabajos de varios autores. Perteneciente a una segunda generación de hispanistas contemporáneos, Preston no ha podido cumplir la función que le correspondió a la primera: la de proporcionar un primer conocimiento de temas considerados como tabú durante el régimen anterior. Ahora, por fortuna, sobre los temas acerca de los que hizo sus grandes aportaciones la generación anterior, las novedades esenciales, aunque más en la información que en la interpretación, proceden siempre de autores españoles.

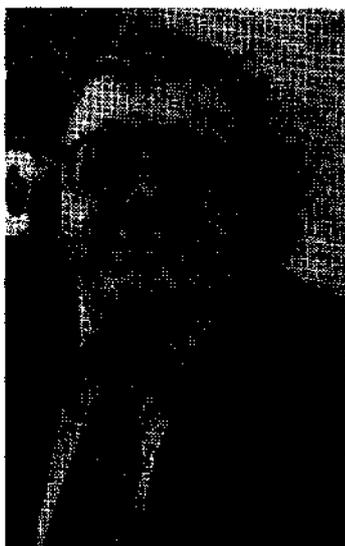
Desde mi punto de vista la obra de Preston, siempre de una calidad superior a lo habitual, a veces se ha resentido de dos inconvenientes: una excesiva beligerancia, que recuerda a la que los españoles de la oposición tenían respecto del régimen a fines de los setenta o comienzos de los ochenta, y una ausencia de recurso a fuentes originales e inéditas, mucho más inaccesibles para cualquier investigador extranjero que para los españoles.

La biografía que acaba de publicar acerca de Franco es, con mucho, el mejor libro de Preston y, además, responde a una necesidad evidente en un momento en que la época de su dictadura ha ingresado ya plenamente en la Historia como ciencia. La verdad es que en un período muy corto de tiempo los estudios acerca del general han evolucionado de forma vertiginosa. Todavía tienen la pretensión de emitir opiniones acerca de él quienes le biografiaron cuando ejercía de dictador, como si eso no les hubiera privado de cualquier derecho de opinar con imparcialidad, pero, sobre todo, ha habido aportaciones muy variadas en cuanto a contenido que han contribuido a un cambio sustancial en un plazo muy corto de tiempo. Aunque su libro es muy sesgado a favor de Franco, Luis Suárez ha publicado una obra en ocho volúmenes que por vez primera utiliza, aunque de manera parcial, el archivo del general, que por razones in-

comprensibles sigue en manos de una Fundación privada. Juan Pablo Fusi escribió un librito de divulgación que tiene el considerable mérito de haber encontrado el tono adecuado para abordar desde el punto de vista del historiador a un personaje que tanto ha influido en nuestras vidas. El mismo carácter tiene el libro de Stanley Payne, aunque con el inconveniente de tratarse de un libro algo apresurado. Pero el gran cambio en la historiografía acerca de Franco y de su época nace de las numerosas monografías de investigación que se han publicado en los últimos años de las que son autores jóvenes generaciones de investigadores u otros de edad intermedia (Viñas, Marquina, el autor de esta crítica...). Creo que es obvio que en España los historiadores han sabido borrar los fantasmas del pasado por el procedimiento del cultivo de su ciencia en un plazo de tiempo excepcionalmente corto, mucho menor que en Italia después de Mussolini, por ejemplo. Pero faltaba un libro grueso centrado sobre la persona de Franco que resumiera y pusiera al día todo cuanto sabemos acerca de su persona y su papel en la política española. Eso es lo que ha sabido hacer Paul Preston demostrando una capacidad de síntesis realmente notable. Su biografía va a durar mucho tiempo en los circuitos exteriores y, por supuesto, en el momento presente no tiene competidora (en volumen y en profesionalidad) en su género. Si se quiere acudir a un texto extenso que contenga la totalidad de la vida de Franco y esté

casi al día de las numerosísimas publicaciones recientes sobre el particular, será preciso recurrir a este libro. De todos los modos la evolución de la historiografía acerca del particular sigue un ritmo tan vertiginoso que no puede extrañar que en un plazo corto resulten superados los libros que acaban de publicarse. En realidad Presten resume el estado de nuestros conocimientos acerca del general en 1991. Una nueva edición de su libro en inglés exigiría una puesta al día con las aparecidas desde esta fecha, que no son pocas ni carentes de importancia.

**H**ay partes del libro que tienen una especial calidad, como la que se refiere a la segunda guerra mundial. A ella le dedica Pres-ton, en la versión inglesa, ciento treinta páginas de un libro de un millar y realmente no sólo demuestra estar muy al día respecto de la totalidad de las publicaciones sobre el particular, sino que realiza toda una investigación propia con fuentes británicas de primera mano. Puede pensarse que el libro es tan extenso porque su autor ha optado por recurrir a explicar la totalidad de la Historia de España en la época a través de la perspectiva del biografiado. Lo que sucede es que una persona como Franco necesita este tipo de enfoque porque durante cuarenta años estuvo en el centro mismo de gravedad de la vida pública española. Por lo tanto necesitaba una biografía como ésta, aunque en ella predomine en exceso lo narrativo sobre lo analítico.



Paul Presión.

Claro está que una obra tan extensa como ésta es también susceptible a críticas y éstas pueden tener cierta entidad en algunos puntos. Como digo, Presten no ha hecho verdadera investigación en la mayor parte de la biografía de Franco sino que tan sólo resume lo que ha sido publicado sobre él, principalmente por autores españoles. Eso hace a su libro muy útil sobre todo para un público extranjero pero mucho menos

para uno español, a no ser que se trate de no especializado y poco deseoso de conocer verdaderas novedades sobre el personaje. Por otro lado el autor, que ha conseguido un tono más distanciado que en muchos otros de sus libros, no está libre del pecado de emplear un exceso de calificativos. Es muy posible que sea justo emplear con Franco la expresión "cinismo bizantino", pero los historiadores españoles, en especial los que estuvimos en contra de Franco, no tendemos a abusar de este género de condena retrospectiva mediante los calificativos. Franco se murió y hay que tratarle como a Gengis Khan, a Pétain o Salazar, es decir, con la debida distancia, entre otros motivos porque resulta abrumadoramente evidente que la democracia siempre fue una solución mucho mejor que la que él representaba. Además en el momento actual pecar de franquismo no consiste en colaborar con un régimen de dictadura sino permitir que el repudio retrospectivo enturbie el juicio propio. Queda, en fin, un último aspecto de crítica y es el que se refiere a la parte última de la vida del dictador. Porque se la conoce mucho peor, Presión dedica a los quince años entre 1960 y 1975 bastante menos espacio que a los de la guerra mundial; en aquéllos comete algunos errores y, sobre todo, peca de atribuir excesiva confianza a algunos libros de reportaje periodístico que no la merecen en tal grado. Ese no es sólo un error suyo sino que resulta bastante frecuente entre los historiadores extranjeros al tratar de

la Historia española. Es evidente que no se puede tratar como una fuente de primera mano, por completo fiable, un texto de combate político. Esa elemental crítica de las fuentes resulta por completo imprescindible. Sucede, además, que cada vez apreciamos de manera más clara la importantísima significación histórica de estos quince últimos años de la vida de Franco, sin los cuales no resulta posible entender la transición y no sólo en los aspectos económicos sino también en los políticos. Carente de monografías sobre esta época, Presten se ve obligado a darle un tratamiento menor que afea el conjunto de su obra.

**P**ero la biografía de Presten es un acierto en muchos sentidos y el principal de ellos es la sabia combinación entre la erudición y el tono divulgativo. En este sentido puede decirse que si muchas de sus opiniones resultan discutibles en cambio es evidente que todas están enfocadas con argumentos profesionales y con justificación inteligente. Por eso cualquier lector que conozca la bibliografía existente podrá discutir el contenido del libro pero no el hecho de que en él aparezcan las grandes cuestiones que plantea la vida de Francisco Franco. Desde el punto de vista del historiador español la principal consecuencia que se desprende de la lectura del libro es, en efecto, que el autor ha conseguido resumir de manera coherente el estado de nuestros conocimientos acerca del personaje. Lo que llama la

atención acerca de él es que se encuentra a idéntica distancia abismal de la interpretación que de Franco hicieron sus más entusiastas admiradores y los más decididos de sus detractores. En efecto, el dictador no fue ese genio centinela de Occidente que creyeron ver los primeros, pero tampoco ese monstruo de inteligencia sádica que creyeron ver los segundos. Todo en Franco tiene tono menor y aire de mediocridad. Le interesaba el poder y nada más que el poder y tuvo la prosaica habilidad para conservarlo durante muchísimo tiempo porque el recuerdo de la guerra civil pesó demasiado sobre la vida de los españoles. Presten utiliza una ironía de la mejor ley cuando contrapone la designación que de Franco hace como "héroe" y los rasgos con que le completa su retrato (por ejemplo, su condición de camaleón). Todos los historiadores que nos hemos ocupado de Franco hemos percibido esa distancia entre la imagen ofrecida y la realidad. Eso nos lleva

a una conclusión que puede sorprender. La paradoja es que, por muy controvertido que resultara el personaje cuando estaba en vida, en realidad ya ni siquiera es objeto de verdadero debate entre los historiadores respecto de lo que podríamos denominar como la esencia de su carácter porque todos estamos de acuerdo en el talante del personaje, sus capacidades y sus limitaciones.

A esta buena biografía podríamos, sin duda, sumar otra, de carácter colectivo, que también se refiere al ámbito hispánico y que, además, ha obtenido en nuestro país un meritorio premio, el único que se dedica al género biográfico. Me refiero al libro de *Enrique Krauze, "Siglo de caudillos: Biografía política de México (1810-1910)", Barcelona, Tusquets, 1994.*

**L**a paradoja de la biografía consiste en que se trata de un género literario que siempre ha tenido un sólido prestigio en el público lector y que, sin embargo, sólo muy recientemente parece haber adquirido la respetabilidad intelectual suficiente como para ser entregada a las manos de escritores solventes. En otras latitudes, como por ejemplo, en los países anglosajones (en especial en Gran Bretaña), no resulta necesario justificar este género literario; es quizá el repudio de la abstracción o un cierto espíritu aristocrático los que justifican este interés por los personajes individuales, en especial los más selectos. Incluso en los momentos en que de una manera más decidida se

tía apostado por una Historia estructural, infinitamente más interesada por los procesos so-Diales que por las individualidades, en Gran Bretaña ha existido una sólida tradición biográfica que no siempre ha sido entendida en otras latitudes. En Francia, por ejemplo, sólo desde los años ochenta se ha hecho patente que el lector de Historia no especializado busca héroes, intriga, sentimientos y acción, y los desea mucho más individuales que colectivos. Como, además, la Historia no tiene esa petulante pretensión científica de otros tiempos sino que busca, más que explicar, comprender, desde dentro, la realidad de otros tiempos, operación que es, al mismo tiempo, más difícil y menos megalómana, el resultado ha sido un renacimiento de la biografía que ahora estamos viviendo en España, siempre importadora de modas literarias galas, como una novedad que lo es bastante menos de acuerdo con la óptica de otras latitudes.

**D**e los premios literarios que se conceden en España, como ya se ha dicho, hay sólo uno ceñido de manera exclusiva —porque compartiéndolo con otro tipo de géneros lo encontramos en otros galardones— a la biografía, la autobiografía y las memorias: el que concede la editorial Tusquets con el título de la villa santanderina de Comillas. En la última edición, la sexta, le ha correspondido al subdirector de "Vuelta", la revista mexicana de la que es principal inspirador Octavio Paz, Enrique

Krauze, un inteligente y erudito historiador, que nos ofrece en "Siglo de caudillos" una biografía colectiva de los principales dirigentes de la vida política mexicana desde 1810 hasta 1910. Ya antes de la aparición de este volumen había publicado Krauze en su país algún estudio muy meritorio sobre la Historia de la revolución mexicana y también acerca de algunos de sus más importantes personajes.

Lo primero y lo más esencial que hay que decir de ella es que se trata de un enfoque no tan habitual pero que reviste el mayor interés. Krauze dice que la historia mexicana es especialmente propicia a centrarse en sus caudillos, sin cuya comprensión resulta imposible entender sus coordenadas más elementales. La verdad es que lo dicho sirve para México o para cualquier otro país del mundo, incluida España; lo que no resulta, en cambio, tan habitual es que se parta de una voluntad de no juzgar, condenar o absolver a los protagonistas sino de compren-

derlos, bajándolos del pedestal pero sin tampoco expulsarlos a las tinieblas exteriores. En los países de estirpe hispánica es muy habitual que las biografías se escriban por o contra los personajes retratados y no es, en cambio, nada habitual tratar de conseguir entender los motivos por los que los personajes actuaban de una manera u otra. Al hacerlo no sólo se los entiende a cada uno de ellos sino también el proceso histórico que les tocó vivir, porque una biografía, individual o colectiva, acaba siempre en comprensión de la Historia.

**A** lo largo de las páginas de este libro desfilan los personajes de un siglo de Historia mexicana. Fundamentalmente se trata de la biografía del poder, es decir de los "mandones", con deliciosa expresión que es, a la vez, de la época y del autor, pero también de los intelectuales que han tenido el poder como principal objeto de interés en sus reflexiones. Son personajes vivos, a veces elementales y otras ocasiones sofisticados, quebradizos y patéticos, siempre irrepetibles. Unos fueron criollos y otros mestizos, unos resultan grotescos y otros patéticos, los menos parecen heroicos o, al menos, excepcionales en méritos pero cada uno de ellos representa un momento característico de la Historia mexicana y de la mundial. Quizá el caudillo más peculiar de los retratados en estas páginas sea Porfirio Díaz, ese curioso dictador demócrata que calificaba a los intelectuales de "profundistas". Hay otra expresión del



Enrique Krauze.

dictador mexicano que resulta también de aplicación no sólo en ese momento sino también en la Historia política universal: cuando escribió, refiriéndose a un político de su época, que "este gallo quiere maíz" hizo una perfecta disección de la actitud de un jefe político que suele necesitar repartir prebendas con corta periodicidad. La biografía, individual o colectiva, tiene varias exigencias para su éxito ante el gran público. A este libro no le faltan las esenciales: erudición, capacidad de comprensión de trayectorias ajenas y lejanas o altura literaria en la descripción de los personajes. Quizá, sin embargo, el lector español va a considerar algunos de estos retratos un poco lejanos a sus conocimientos; habría sido, además, útil ofrecer una panorámica global y comparativa de todos ellos o, por lo menos, de quienes convivieron en un determinado momento histórico. Siempre habrá diferencias de criterio justificables por simples diferencias de gusto, pero el autor

de esta crítica siente preferencia por personajes como Itúr-bide o Santa Ana. De todos los modos esta galería de retratos cuyos méritos son indudables y que hace pensar, a veces, en personajes españoles con los que los retratados por Krauze tienen ciertos paralelismos reviste sobre todo el mérito de incitar a escribir otras semejantes relativas a la Historia española. En el fondo, el conocido libro de Pabón acerca de Cambó constituye una galería de retratos, aparte de ser una espléndida narración de Historia política. Algo parecido podría hacerse, sin duda, respecto del siglo XIX y, en realidad, así pensaba hacerlo el propio gran historiador intentando una biografía de Ramón Narváez que no pudo concluir por la carencia de fuentes y también por su muerte, por desgracia demasiado temprana.

**M**as reparos merece otro libro reciente que también ha merecido un galardón importante. Me refiero a *Federico Jiménez Losantes, "La última salida de Manuel Azaña"*, Barcelona, Planeta, 1994, con el que su autor ha logrado el *Premio Espejo de España* correspondiente a 1994.

La figura de Manuel Azaña es, sin duda, una de aquellas en la Historia de España que resultan más atractivas para el biógrafo, el historiador o el ensayista, españoles o extranjeros. La razón que lo explica y que a estas alturas apenas si puede discutirse reside en la combinación de una serie de factores que resultan muy difícilmente

repetibles. Azaña es, en primer lugar, un gran escritor, uno de los esenciales en una generación que ha sido calificada como la Edad de Plata de las letras españolas; su capacidad introspectiva le convierte, además, en una excepción en la literatura española, en la que la literatura autobiográfica es tan excepcional; precisamente a esa cuestión le ha dedicado un interesante libro recientemente un buen azañólogo, José María Marco, bajo el título de "La creación de sí mismo". Pero, además, Azaña consiguió eso que tantos intelectuales españoles ansian, aunque no lo reconozcan nunca: deseó el poder y llegó a tenerlo, o, lo que es lo mismo, tuvo la capacidad de moldear la vida de los españoles en una ocasión decisiva. Así se explica que desde los años setenta la bibliografía acerca de Azaña se haya convertido en inundatoria: desde mi punto de vista los mejores libros son los de Marichal, Marco y Julia. Esta especie de enamoramiento colectivo con la figura del político republicano indica un afán de reconciliación generalizado, pero también tiene el grave inconveniente de deformar la imagen histórica e intelectual del personaje. Nada puede resultar peor que el entusiasmo bobalicon e indiscriminado por su ejecutoria. La izquierda parece pensar que basta querer ser reformista para merecer un sobresaliente y la derecha tiende a incorporarse toda la tradición liberal, aunque una parte de ésta permanezca en las antípodas de lo que ella entiende por liberalismo. En realidad, la ejecutoria de Azaña en política

es discutible y el intento de asunción por parte de la derecha tan sólo revela el interés de ésta por ofrecer de sí una versión más moderna. Eso, por supuesto, es muy positivo, pero, en realidad, tiene muy poco que ver con la auténtica realidad del intelectual y político republicano. Creo que lo correcto sería, por el contrario, situar a Azaña en su tiempo y gozarlo como escritor, en vez de utilizarlo como ariete. En cuanto al personaje histórico, participante en la política de su tiempo, lo que es preciso es aprender de sus errores, que también existieron.

Existía interés en leer la versión que de Azaña iba a dar en su último y premiado libro Federico Jiménez Losantes. No en vano es un autor en que ha tenido una notoria influencia un aspecto de su obra (el nacionalismo español) y que no ha dudado en exaltarlo después de haberlo trasladado a dos buenas antologías. El hecho de que Jiménez Losantes sea una pluma brillante y leída explica también parte de ese interés. Pero el libro resulta un tanto decepcionante porque el autor no llega a cuajar una buena biografía y tampoco toma como pretexto a Azaña para pergeñar una posición propia en el terreno político o ideológico.

El libro no sólo es respetuoso con el personaje sino que quizá lo mejor de él es la evocación apasionada (y sólo en algunos puntos crítica) del mismo. Jiménez Losantes lo conoce bien, aunque, a base de remarcar una y otra vez sus críticas,

bien merecidas, a los catalanistas y nacionalistas vascos, proporciona de él una versión que resulta sesgada: no hay que olvidar que uno de los méritos esenciales de Azaña fue haber comprendido y dado respuesta al problema catalán. No he observado errores en el texto, al margen de que se denomine incorrectamente el puesto ocupado por Álvarez del Vayo y otras minucias oportunamente recaladas por Santos Julia en la crítica que ha publicado acerca del libro. Por otro lado Jiménez Losantes, que es persona de talento, ha tenido el buen gusto de no embarcarse en esa desafortunada novelización del pasado histórico que practicó, por ejemplo, Manuel Vázquez Montalbán con su libro sobre Franco. El inconveniente de ese género es que en él, de forma fraudulenta, se pretende dejar en una zona de penumbra la distinción entre la verdad histórica y la ficción. Afortunadamente el buen criterio del autor parece haberse trasladado a la mayor parte de los lectores y empieza a no tomarse en serio este tipo de

libros a caballo entre los dos géneros.

La crítica que se puede hacer a este libro no pasa por ahí. Se trata de un texto bien escrito y en el que el autor demuestra conocer bien la bibliografía publicada sobre el personaje. Pero eso tan sólo no justifica la existencia de un libro, aparte de que a la Editorial le pueda interesar el nombre de su autor en un determinado momento. Manuel Azaña merece bastante más que lo que de él se ofrece en este texto, que no está destinado a pasar a la bibliografía azañista en un lugar eminente.

Empieza por ser discutible la idea de escribir un libro sobre esos meses de la vida de Azaña. Tiene sentido biografiar la porción final de la vida de un personaje cuando ella nos describe la clave de lo que fue su trayectoria, pero éste no es el caso. El Azaña de estos momentos es un ser derrotado, muchas de cuyas posiciones —la dimisión como Presidente— son explicables, pero carecen de la gallardía que tuvo, por ejemplo, la presencia de Besteiro al lado de los madrileños de izquierdas derrotados por Franco. Un libro sobre este Azaña tendría sentido si hubiera aparecido una nueva fuente que permitiera una reconstrucción de este período biográfico, pero Jiménez Losantes en realidad no hace otra cosa que glosar lo ya conocido, fundamentalmente la excelente recopilación documental que hizo Enrique de Rivas y los trabajos monográficos aparecidos en el volumen publicado por la Casa de Velázquez

bajo el título "Azaña et son temps". Es mérito haber leído esos libros pero eso no basta para justificar otro. La influencia del libro de Cipriano Rivas Cherif sobre el el texto de Jiménez Losantos es evidente, pero no creo que resulte justificada la insinuación de plagio de la que ha sido autor Santos Julia. Podría también tener sentido la reflexión acerca del análisis que Azaña, con su lucidez habitual, hizo en estos momentos acerca del resultado de la guerra civil, pero eso no lo aborda Jiménez Losantos, quizá por ser consciente de que ése no es su papel ni está dentro de sus posibilidades hacerlo.

**E**l contenido del libro está afeado por dosis excesivas de "excur-sus" que no tienen nada que ver con la esencia de la cuestión. El autor introduce cuestiones como la muerte de Machado, el traslado de los cuadros del Museo del Prado, la relación con Maura y con Negrín y un largo etcétera más, sin añadir nada que pueda considerarse nuevo u original y faltándole en algún caso datos importantes. El libro peca de ausencia de reposo y reflexión en el análisis de la evolución política de este Azaña final. Creo, por ejemplo, que hubiera sido muy interesante señalar la perspicacia de un Azaña que supo darse cuenta, en su última carta de mayo de 1940 —que yo publiqué por vez primera—, que el porvenir de España pasaría por "las soluciones intermedias" (¿la restauración monárquica?) y no por la recuperación de la legalidad repu-

blicana. La propia conversión de Azaña, que se presenta como novedad, era conocida desde los años sesenta y, en definitiva, no arroja luz sobre el personaje. Puede parecer arriesgada esta afirmación pero el hecho es que ni se sabe el grado de conciencia que Azaña pudo tener en este momento ni creo que se pueda hablar en toda su trayectoria de una auténtica sensibilidad religiosa. En suma, para un lector culto este libro no tendrá sorpresas y para el gran público se trata, quizá, de una cuestión demasiado concreta para despertar su interés. Creo que en la excelente forma de escribir de éste y en su indudable inteligencia hay un potencial gran ensayista, pero quizá dedica demasiado tiempo a flagelar a la izquierda y a excitar a la derecha y le resta poco para realizar una obra de enjundia. Resultando muy discutible, su mejor libro, en mi opinión, sigue siendo "Lo que queda de España". Y habrá que esperar a que Santos Julia —un autor incompresiblemente ausente del libro de Jiménez Losantos

—concluya su biografía de Azaña para poder tener una verdadera obra de calidad, a la altura del personaje, la que se merece. Quizá algún día pueda también nuestro autor escribir una buena biografía de Azaña, pero necesitará más lecturas, más reposo y más tiempo para hacerlo.

## Arte

Hay en el arte abstracto español toda una línea y una trayectoria que quizá contrastan con lo que se considera como el estereotipo de lo castizo. De acuerdo con la interpretación más habitual en la Historia del arte contemporáneo, la abstracción española habría nacido como consecuencia de la aparición del grupo "El Paso", en torno a 1957, que habría tenido el mérito de aproximarnos a la pintura norteamericana sin, al mismo tiempo, desvincular a nuestro arte de lo que podríamos denominar, en términos tan frecuentemente usados por Lafuente Ferrari, como "la veta brava". El expresionismo abstracto sería, por tanto, la máxima expresión del informalismo español. A veces a tal juicio se añade la minusvaloración de forma radical de todo lo anterior a este grupo artístico al que es dudoso incluso que interprete correctamente, por darle una interpretación en exceso política.

**P**ero esa interpretación quiebra por muchos puntos. No todo el informalismo estuvo vinculado al grupo "El Paso" y cada vez es



Federico Jiménez Losantes.

preciso poner más en duda el supuesto españolismo o casticismo de esta generación de pintores. Hubo en su momento y hay, además, en la actualidad otra línea en la abstracción española que se caracteriza mucho más por una sensibilidad contenida y exquisita que por el gesto. Se trata de una vertiente artística que es tan española como la de la "veta brava", porque si, por ejemplo, hay un Goya de las pinturas negras hay también otro que retrata a la Condesa de Chinchón. Quizá resulte más difícil captar la auténtica significación de una línea estética como ésta porque resulta poco dramática y tiende a la discreción. Lo cierto es, sin embargo, que hay momentos en que da la sensación de ser incluso mucho más influyente entre las jóvenes generaciones que la ya mencionada de "El Paso". Quizá lo que sucede es que desde fines de los sesenta no sólo se ha acentuado el cosmopolitismo entre las jóvenes generaciones de artistas plásticos sino que, además, ha triun-

fado una visión más intimista y también más satisfecha del arte por el arte.

A esta trayectoria corresponde la obra de excelentes artistas como Pablo Palazuelo, Eusebio Sempere y, sobre todo, Gustavo Torner, Fernando Zóbel y Gerardo Rueda, unidos los tres últimos en no pocas tareas comunes, entre ellas la creación del primer museo de arte contemporáneo importante que ha existido en España, con la colaboración de Pablo López de Osaba. Es habitual designar a este mundo artístico español como la abstracción lírica pero es probable que tal denominación sea inapropiada. Esa vertiente no es la única caracterizada por este término sino que vale también para otros pintores como Rivera o Guerrero. Tampoco valdría la denominación "abstracción geométrica" o visual, porque a poco que se examine la obra de los tres artistas citados se aprecia una sensibilidad muy distinta de lo que suele ser identificado con esos términos.

Se dan una serie de circunstancias felices para que en el momento presente esté en una primerísima fila de la atención en los medios artísticos la obra de Gerardo Rueda. Su exposición actual en Barcelona y la próxima de México van a permitir completar el conocimiento de su obra que pudimos contemplar hace un lustro en su antológica de Madrid. Pero, además, existe una posibilidad de profundizar en el conocimiento de su obra que nace de la aparición del reciente libro *de Juan Manuel*

*Bonet, "Rueda"*, editado por *Polígrafa, Barcelona, 1994*. Se trata de un estudio completísimo y que eleva de categoría lo que hasta ahora se consideraba como habitual a la hora de tratar de abordar la trayectoria de un artista vivo. En efecto, hasta el momento actual los libros monográficos sobre artistas plásticos solían tener como inconveniente una explicación de su trayectoria que, en el mejor de los casos, se ceñía a la peculiaridad radical del artista, sin establecer referencia alguna al contexto; a veces, por si fuera poco, se empleaba un lenguaje esotérico o el propio artista parecía agobiar con su presencia lo escrito por el autor.

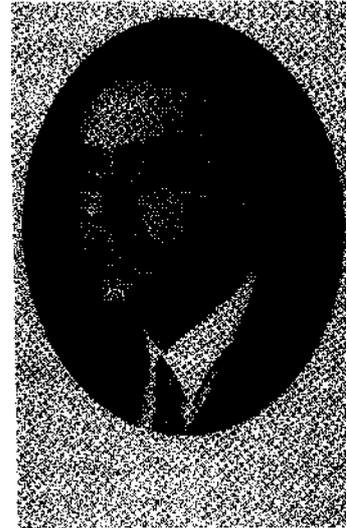
En este caso, en cambio, tenemos un estudio modélico porque viene a equivaler no tanto a la obra de un crítico como a la de un historiador del arte. La densidad del texto demuestra estudio, conocimiento sólido y sensibilidad, pero, sobre todo, testimonia que diseccionando la obra de un único artista es posible, además, hacer un retrato de la trayectoria de toda una generación o una instantánea de la evolución del arte español en un determinado momento. En segundo lugar, otro rasgo característico de este libro es que está editado con una pulcritud extremada que era imaginable dada la editorial y la persona a quien se refiere pero que debe ser recalcada por lo excepcional que resulta. Gracias a lo uno y a lo otro podemos sin duda conocer mucho mejor esa parcela decisiva de nuestro arte del momento presente.

# Ensayos sobre literatura

JAIME  
SILES

Corpus Barga, Antonio Espina y Antonio Ma-richalar son tres escrituras de una belleza profunda y exacta que encarnan una sistemática voluntad de estilo y representan ese elegante vuelo de la gracia que la personalísima prosa de Ortega sirvió en bandeja de oro a lo más granado de su generación. Antonio Espina pi-vota entre los rasgos distintivos propios de la del 14 y el clima de renovación de las vanguardias que preparan el terreno propicio a la del 27. La suya es una obra dispersa, varia y curiosa movida por un ritmo urbano diferente, al que la vastedad de su cultura sirve de base, de émbolo y de diapasón. Lo característico de ella es su estar regida por una máxima amplitud de los más distintos y variados intereses, acorde, todo ello, con el entorno intelectual que, con su constante creación, lo acompañó. Brillante en su estilo y selecto en sus temas, Antonio Espina es una de esas figuras cuya simpatía parece descansar sobre tres cosas: la irónica sonrisa de su protagonista, de vuelta de la vida y de su más allá; los relámpagos de inteligencia que florecen en casi todos los ángulos rectos de su prosa; y las circunstancias de un destino duro, difícil y adverso que lo envuelve en un aura y un aire de leyenda. Gloria Rey ha reunido bajo el genérico título de *Ensayos sobre literatura* (edi-

ción al cuidado de Gloria Rey, Valencia, 1994, 296 páginas), una variada muestra del quehacer de Espina como crítico literario. Casi cuarenta artículos publicados en España, Nueva España, El Sol, Revista de Occidente y Asomante desde octubre de 1920 hasta julio de 1968: casi medio siglo de glosas a la oceanografía literaria navegada por él como lector. Gloria Rey acerca su figura tanto como perfila su retrato. Su "Introducción" —cuidadosamente anotada y rigurosamente bien escrita— nos sumerge en el hombre que Antonio Espina fue y nos aproxima la singular geografía de su mundo —de un mundo que es un medio: un tiempo, una época, una temperatura, un ambiente, determinados periódicos, algunas revistas, varias tertulias y una ciudad. Antonio Espina representa lo que Francisco Áyala recuerda muy bien: "el humor de la pirueta amarga, del esguince gracioso e insolente



Antonio Espina.

que era en él una forma superior de chulería madrileña".

Antes de los años treinta estuvo unido al proyecto liberal; después, su actividad política fu radicalizándose hasta llegar, como gobernador civil de Baleares, al callejón sin salida de 1936. De ése y del tiempo posterior a ése habla esta viñeta de González Ruano: "Antonio Espina —escribe en 1946— es un hombre pequeño, siempre enlutado, de cara blanca y torcida, cajas grandes y negras, que hace todo lo posible por ser antipático y con frecuencia no lo consigue". No: no lo consigue, porque lo suyo no es la mueca retorcida, sino la mirada de soslayo; en vez del grito desencajado, la risueña ironía del zumbón. Espina es un zumbón que sopla en el cristal de la ironía. La suya puede verse a sorbos más que a ratos, pero se bebe nada más se ve. Así "el tan cacareado poeta transatlántico y bilingüe Vicente Huidobro" le parece "una calamidad". Shakespeare, en cambio, "es un uni-

verso de imágenes y formas, suspensas en un ámbito emocional", y el Quijote, "una gran imagen lírica". Se expresa en contra de la poesía entendida como acústica y considera creación estética al charleston. Admira a Larra y se pregunta si el suicidio no será el modo "más eficaz de convencer al prójimo por vía cordial". Con Galdós es todo lo injusto que alguien inteligente puede serlo: le dedica varias oleadas de ataques y un fuego de artillería pesada más certera que el peor de todos los insultos. Defendiendo a Blasco Ibáñez, del que hace una sagaz y muy oportuna revisión. A Ga-nivet lo ve como un producto propio de su siglo. Por Manuel Machado pasa de puntillas. Por Díez-Canedo, casi de perfil. En Baroja y Azorín se demora, se

MARIO

## Mapa del mundo personal

PARAJÓN

ue en 1970 cuando Marías publicó, bajo la rúbrica editorial de la Revista de Occidente, su *Antropología Metafísica*.

**F** Era el desarrollo, diría yo que la plenitud, de su descubrimiento de 1955, apretado entonces en los términos de un artículo: la estructura empírica de la vida humana. Don Julián se había encontrado con la estructura analítica —yo y circunstancia— a fondo trabajada por Ortega y también por él en sus libros

dilata, se detiene. Entra a saco, y sale por la puerta grande, en Valle-Inclán. De Gutiérrez Solana aporta dos puntuales instantáneas. De Miró, una imprevista lumínica, completa, luminosa. De Azaña, una mirada a su frailuno jardín. En Juan Ramón admira "la ley de un sistema estético completo", y en Ramón, la artesanía verbal del ramonismo. A Jarnés dedica dos visiones lúcidas, y a la Chacel, un apunte férvido. El resto son reseñas o semblanzas de Ayala, Diego, Salinas, Bergamín, Ar-derius y Días-Fernández. Crítica literaria excelente, suprema y superior, la de Espina no merece olvidarse: laten en ella el frío aroma de la clasicidad y esa voluntad de travesura, que es la fiebre infantil de las vanguardias.

anteriores. El paso de lo analítico a lo empírico era el paso del

pronombre como gran "lugar vacío" —euforia de fenomenó-logos— al hombre de hueso y

carne que es varón o mujer, habla español o francés, nació cuando Felipe II o presencié el motín de Aranjuez. El yo de la estructura analítica no es sexuado y el cuerpo es parte de su circunstancia; en la empírica es donde la corporeidad se encuentra como acompañante forzoso de ese yo que ya aparece de otra manera, léase instalado vectorialmente en la realidad. Como don Julián hace filosofía con los ojos ("con los ojos se hacen las tres cuartas partes de toda filosofía que no sea una escolástica"), al mirar a ese hombre se encuentra con que es único; y al ser único es persona; y al ser persona es innovación de realidad.

Desde entonces hasta la fecha, don Julián explora en esa realidad tan misteriosa y casi abismal de la persona, y descubre que no todo lo humano es personal aunque todo lo personal si es humano; que se puede ser más o menos persona, que muchos viven defendiéndose de la persona que ellos son porque bucear en el núcleo de lo personal implica riesgos, si bien supone una dilatación incitante del horizonte de la vida: poder ser más.

**E**l tema de la persona ha sido el hilo de la urdimbre de los libros que ha escrito Marías desde entonces. Yo pondría el acento en: *Ortega: las trayectorias*; *Breve tratado de la ilusión*; *Cervantes, clave española*; *La felicidad humana*; *La educación sentimental* y *Razón de la Filosofía*. En este último trazó el camino que lo llevó al *Mapa del mundo personal*, cuyas doscientas seis páginas resultan apasionantes y

desesperantes porque nunca don Julián hizo tanto disparo intelectual desde tanto y tan diverso puesto de combate: todavía no nos hemos deslumbrado con uno de los hallazgos, cuando ya viene otro con su cabalgadura, sus arreos y su prisa. Es más: casi podría decirse que por primera vez ha escrito un libro "excesivo", sobresaturado y sin los remansos a los que nos tiene acostumbrados.

**P**or supuesto, se habla del proyecto personal, de cómo es persona quien se entrega a una realidad supra-personal, de la amistad, del amor, de la generosidad y de la imaginación, de la conciencia, la entrega, la efusión, la soledad, el encuentro íntimo, la muerte, la inmortalidad. Esto último sin dar un paso más allá

de lo que la investigación permite, pero con un acento es-tremecedor de preámbulo filosófico de la fe. También hay páginas inolvidables sobre el trato personal con el niño. El punto de partida del mundo personal es para Marías la "irrealidad perceptiva" de la constitución futuriza del hom-

bre. Ahí es donde residen las posibilidades y se forjan los proyectos, siempre en el ámbito de una convivencia que no es la social ni la psíquica. Hay un lector que no puede serlo de este libro y que sería feliz leyéndolo y quién sabe si lo envidiaría: don Miguel de Una-muno. Lo que él llamó "alma sustancial" es lo que Marías describe a lo largo del mismo. Lo que no pudo hacer Una-muno por el irracionalismo imperante en la época, contribuyó a que se realizara hoy sembrando la inquietud entonces. Marías ha publicado un libro donde se dan cita Una-muno, Ortega, el Zubiri teólogo de la deificación, y él, heredero de sus tres maestros y constructor de otro pabellón del edificio por el que transitan juntos.